

Edición

88

junio 2025

Directo Bogotá

Pontificia Universidad Javeriana

Facultad de Comunicación y Lenguaje

Distribución Gratuita

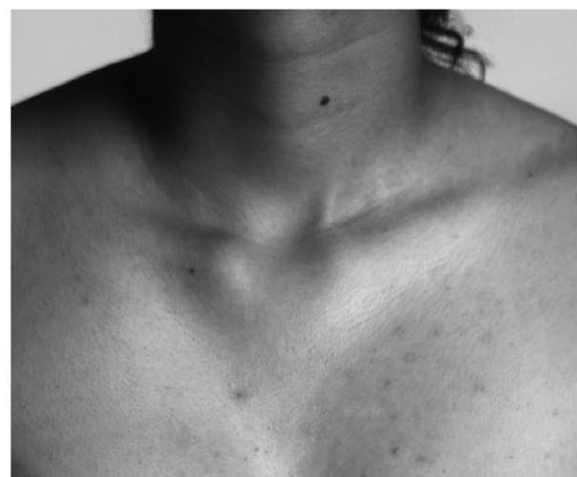
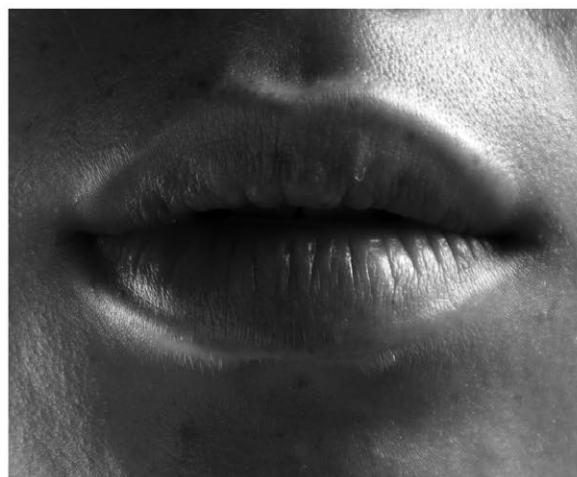
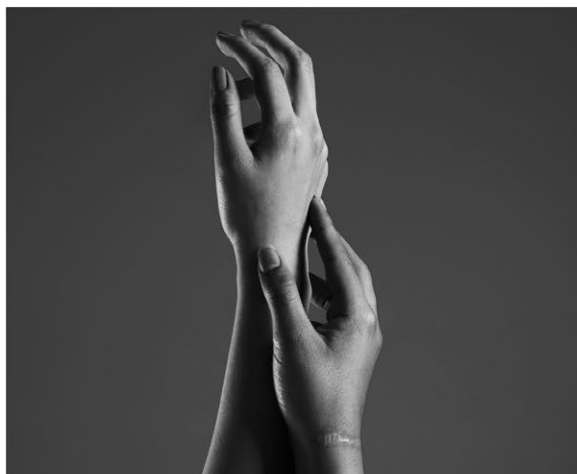
Especial:

En la piel



Fotoensayo

Mosaico corporal.
Foto: Paula Sofía Rodríguez Bolívar





Director

Julian Isaza Niño

Asistente editorial

Luna Manuela Badrán Rodríguez y Elena Bermúdez Rivera

Reporteros en esta edición

Elena Bermúdez Rivera, Ana Valentina Garavito Velandia, Saray Juliana Ortega Mendoza, Karol Daniella Clavijo Tapias, Daniela López Orozco, Alejandro Ballén Lobo, Luna Manuela Badrán Rodríguez, Manuela Cabezas Gómez, Sophie Marie Claire Echappé Palomino y Sofía Lizarazo Sequera.

Portada y contraportada

Manuela Cabezas Gómez
mcabezasg@javeriana.edu.co
José Cadena
@josedispara

Fotoensayo

Paula Sofía Rodríguez Bolívar
psofiarodriguez@javeriana.edu.co

Caricatura

Laura Gabriela Carreño Uribe / Laurel
l_carreno@javeriana.edu.co
@laurel_rowan art

Diseño y diagramación

Lida R. Chaparro
lidaroco@gmail.com

Corrección de estilo

Gustavo Patiño Díaz
correctordeestilo@gmail.com

Decano de la Facultad de Comunicación y Lenguaje

Juan Ramos Martín

Director de la Carrera de Comunicación Social

Carlos Eduardo Cortés Sánchez

Director del Departamento de Comunicación

Simón Calle Alzate

Informes y distribución

Transversal 4 # 42-00, piso 6
Teléfono: (601) 320 8320, ext.
Escríbanos a: directobogota@javeriana.edu.co

Consulte nuestro archivo digital en la página:

www.issuu.com/directobogota

Visite nuestra plataforma digital:

www.directobogota.com

FACULTAD DE
Comunicación
y Lenguaje



En la piel

- 02 | Editorial
- 03 | Menstruar en desigualdad
- 08 | Los colores y el grafiti se toman las calles de Usme
- 13 | El teatro de la memoria afro
- 19 | Del biombo al *beat*
- 24 | El silencio de la musa
- 28 | Menstruación trans y no binaria
- 33 | A través de las manos
- 38 | Los últimos guerreros enmascarados
- 44 | La corona pesa más de lo que brilla
- 52 | El *ballet*: la perfección del cuerpo
- 59 | Santiago Gamboa, el otro Ulises
- 64 | Caricatura

EL CUERPO

Julian Isaza
Director

Hace unos meses se estrenó la película *La sustancia*, que fue nominada a diversos premios —como los Oscar, los Globo de Oro y los Bafta— y ganó en algunas categorías. La cinta fue inesperada y demoledora, y produjo una pequeña revolución en las salas de cine y en las páginas de la crítica. Fue extravagante, agresiva, incorrecta, brutal, corrosiva. Y recuerdo vivamente la sensación que me produjo cuando la vi: una mezcla de asco, risa y estupefacción. Se trató de una película descarnada sobre la carne, de una disección sin anestesia sobre el cuerpo.

Es una digna y superlativa representante de un género de culto —aunque con frecuencia oculto— como lo es el *body horror*, en el que se cuentan clásicos como *La cosa* o *La mosca*, de los fantásticos —y, por qué no, repugnantes— John Carpenter y David Cronenberg, respectivamente. Un género que ha hecho del cuerpo el lugar del terror, de la deformidad, del fluido y de la amenaza.

El *body horror* desacraliza el cuerpo y lo pone a orbitar alrededor de la decadencia, el dolor y la mutación. Rompe con el imperio de la belleza —de hecho, es su antípoda— y propone el exacto negativo de la perfección promovida por la publicidad, por el cine o, incluso, por el mismo arte. Les muestra un dedo medio, torcido y sanguinolento, a las

proporciones vitruvianas, a las pasarelas de Victoria's Secret, a las ensoñaciones de los comerciales de la televisión o a las musculaturas fabricadas —a fuerza de kilos y repetición— en un gimnasio.

Esos dos puntos de vista sobre el cuerpo —monstruosidad o hermosura, dolor o placer— también han cuestionado a autores como Oscar Wilde, Guadalupe Nettel o Umberto Eco, entre muchísimos más. Pero también, estoy seguro, nos han cuestionado a nosotros mismos, que percibimos esa tensión entre esas dos miradas y sus puntos de intersección, que, a menudo, no son pocos.

Pero ¿el cuerpo es eso: tensión? Quizá, pero también es mucho más y mucho menos. El cuerpo es el vehículo con el que nos relacionamos con el mundo, con el que nos expresamos, con el que navegamos, con el que vivimos una vida. El cuerpo es nosotros mismos, más allá de lo estético.

Eso nos interesó en esta edición: lo que hay en el medio, lo que existe en la cotidianidad y, a menudo, pasa relativamente inadvertido. Quisimos masticar, por medio de historias que no necesariamente se enmarcan en conceptos de belleza y fealdad, lo que significa habitar nuestra propia carne, nuestra piel. Y les traemos esta edición llena de historias de —valga decirlo— carne y hueso. Pasen y lean.



Menstruar en desigualdad

Texto: Elena Bermúdez Rivera
elena.bermudez@javeriana.edu.co

Fotos: Elena Bermúdez Rivera
y Sophie Echappé

La menstruación es un proceso natural que atraviesa a más de la mitad de la población, pero el acceso a información, educación y productos para gestionarla sigue siendo un privilegio. Activistas y sectores políticos comprometidos con los derechos sexuales y reproductivos impulsan medidas para visibilizar y reducir la brecha de desigualdad que representa la pobreza menstrual en Colombia.

Mientras Adela Morales me hace un recorrido por su casa —en el barrio Casa Loma, sector 2, en Usme— me explica que tiene el televisor y la lavadora de ropa escondidos en un cuarto, detrás de unas tablas, para que el funcionario del Sisbén no los vea. Ella suele trabajar como empleada de servicio, pero desde hace unos meses tuvo que renunciar porque el cuidado



En Colombia,
aproximadamente
45.000 mujeres
viven en
la pobreza
menstrual

El precio de productos
básicos como las
toallas higiénicas sigue
siendo una barrera para
miles de personas en
situación de pobreza.

de su madre recayó completamente en ella. Ahora necesita que el Sisbén vea la situación de pobreza en la que vive para que acepten a su madre en un hogar geriátrico sin cobrarle un dinero con el cual ella no cuenta. Al llegar al baño, durante el recorrido, me enseña un canasto de mimbre que tiene un oso café de peluche en la tapa. Lo abre y ríe.

—Acá es donde guardo las toallas higiénicas, pero no hay ni una porque la economía no da, mami —dice.

En Colombia muchas de las personas que menstrúan —mujeres, hombres transgénero y personas no binarias— no cuentan con las condiciones o los productos para gestionar su menstruación adecuadamente y se ven obligadas a “escoger entre comer o comprar una toalla”, como ella lo expresa. Y es que, según el DANE, aproximadamente 45.000 mujeres viven en la *pobreza menstrual*. En otras palabras, estas mujeres no tienen acceso a productos como toallas higiénicas o tampones por el gasto económico que representan, no han tenido una formación educativa al respecto o no tienen fácil acceso a baños y agua, entre otros factores que dificultan su experiencia.

Lorena Hernández, encargada de las estrategias de salud menstrual de la Secretaría Distrital de la Salud, explica que en Bogotá, ante la imposibilidad de comprar productos menstruales, las personas “recurren a técnicas de

taponamiento, como toallas hechas de telas sucias o ‘tampones’ hechos de papel periódico, que están generando enfermedades en el cuello uterino y asociadas al tracto urinario”.

Ante estas técnicas, la ginecóloga Inés Martínez explica el peligro que un mal manejo de las telas y los productos puede causar en la salud de las personas que menstrúan, pues “existe un riesgo muy elevado de usar productos que no son para el cuidado femenino, porque se puede ocasionar un desbalance de la flora vaginal y eso lleva a infecciones fúngicas que pueden tener repercusiones en la calidad de vida de las mujeres. Además, al usar estos productos de forma inadecuada se puede llegar a condiciones más severas, como un *shock séptico*”.

Este es un problema que los hogares de paso para habitantes de calle en Bogotá intentan atender. En Santa Fe, el corazón de Bogotá, uno de estos hogares trabaja por mitigar estos riesgos. La casa de tres pisos está abierta a las personas que por uno u otro motivo habitan la calle. Algunos de ellos llevan muchos años consumiendo drogas, como el bazuco, y llegan a este espacio para desintoxicarse; otros buscan un plato de comida o un lugar para pasar la noche y resguardarse del frío capitalino, y otros van y vienen porque las dinámicas de la calle suelen ser difíciles de dejar atrás. Cristian Vargas* es un hombre trans de 56 años que habita la calle desde que tiene 12 y llegó al hogar hace dos meses. Desde pequeño cayó en consumo de estupefacientes y explica que, a veces, por estar tan drogado, olvidaba que estaba menstruando.

“Ocho días de periodo donde utilizaba trapitos, papel higiénico, y yo me los introducía, pero eso me llevó al hospital. No sabía cuánto tiempo había tenido eso ahí metido, porque estaba llevado por el consumo”, explica mientras me señala con las manos la forma en que enrollaba los elementos para lograr la absorción de la sangre.

Adela empieza a preparar el almuerzo que le dará a su familia, y mientras pone los frijoles en la olla pitadora, explica que cuando era



pequeña gestionaba su sangrado con telas de ropa.

—Era buscar a quién romperle la camisa para ponerse un pedazo de tela ahí. Creo que me muero y no supero ese tema, porque fue muy difícil. Y le cogí mucho asco a la sangre. Creo que debido a eso desarrollé una alergia a ciertos componentes de ciertas toallas higiénicas. Tengo que usar las más caritas porque las baratas me hacen daño —afirma.

—¿Y hoy cómo lo hace? —pregunto.

—Normalmente con toallas higiénicas, pero desde que no trabajo, los pañales de mi mamá son una buena solución. Aunque soy muy cerrada de piernas, entonces ahí me duele.

—¿Los pañales los compra?

—No, esos me los da la EPS.

Si este problema ocurre en las ciudades, en lo rural es mayor. La encuesta Pulso Social realizada por el DANE registró que, en abril del 2022, el 13,5 % de las mujeres en el territorio colombiano tuvieron dificultades económicas para adquirir los elementos necesarios para atender su periodo. Esto evidencia una grave situación, pues “el acceso a los artículos para la gestión del sangrado de las mujeres —y de otras personas menstruantes— no está contemplado como una necesidad de primera medida. Todavía seguimos pensando que es un problema de quien menstrúa. Si tú menstrúas, es tu problema”, expresa Lorena Hernández.

Según Raddar Consumer Knowledge, un grupo empresarial colombiano dedicado a comprender y analizar el comportamiento de gasto de consumidores de América Latina, el valor de las ventas nacionales de estos productos entre enero y junio del 2024 supera el billón y medio de pesos. Así, la industria convierte la menstruación en un negocio y, a la vez, refuerza las desigualdades que enfrentan miles de personas que no tienen las capacidades económicas para comprar toallas higiénicas.

Actualmente, existen cuatro normativas jurídicas que cubren los derechos menstruales en Colombia. Por un lado, está la Sentencia C-117 de 2018 de la Corte Constitucional, en la cual



se declaró que las toallas higiénicas y los tampones quedaron exentos de impuestos, pues antes tenían con el 5 % de IVA. Por otro lado, la Sentencia T-398 de 2019 de la Corte Constitucional indicó que el Distrito está obligado a suministrar productos de gestión menstrual a mujeres habitantes de calle. También existe la Ley 2261 de 2022, que establece la entrega gratuita, oportuna y suficiente de productos de higiene menstrual para mujeres y personas menstruantes privadas de la libertad en Colombia. Por último, la Directiva 001 de 2025 del Departamento Administrativo de la Función Pública (DAFP), establece que las mujeres y personas menstruantes vinculadas a esta entidad pueden optar por trabajar desde casa durante tres días al mes debido a los síntomas

Este es el canasto donde Adela suele guardar las toallas higiénicas.

menstruales. Sin duda, estos avances son importantes para atender el problema, pero para muchas organizaciones sociales y activistas por los derechos sexuales y reproductivos, la educación menstrual debería estar en el centro del debate.

Carolina Ramírez, creadora de Princesas Menstruantes —colectivo de mujeres profesionales en el área social y de la salud, que crea prácticas educativas y metodologías de educación menstrual—, opina que es muy importante que el Estado priorice la educación y la salud menstruales, y que lo haga de manera integral, en aras de promocionar la dignidad menstrual que, en gran parte, es tener acceso a la información. “El principal eje del trabajo en la dignidad menstrual es garantizar que las personas tengan acceso a la información crítica y asertiva en torno a la menstruación y que, además, sea una información que pueda trans-

formar las narrativas que ya están establecidas. Sin educación menstrual no se garantiza el uso de los productos que muchas veces se entregan”, dice ella.

Ramírez explica que muchas personas tienen su menarquia —primera menstruación— sin antes recibir información y educación sobre este tema, lo cual representa un riesgo porque limita la libertad de las personas menstruantes, por no conocer su cuerpo, los procesos que ocurren en él y los cambios que este vive por menstruar.

Nadie habló con Adela acerca de la menstruación; ella fue descubriéndola sola y entendiéndola con el tiempo. Mientras me pide que ponga la mesa para almorzar con su hijo y su esposo, pela un plátano para hacer tajadas fritas y rememora su menarquia:

“¡Ni mi mamá ni el colegio me hablaron de esto. Aprendí sobre la menstruación cuando ya fui mamá. Cuando me llegó, creí que me iba a morir. Y cuando tuve a mi hija, quise que ella tuviera ese conocimiento que yo no tuve, y por eso le hablé de la menstruación y de los cambios en su cuerpo desde el principio. Creo que es importante que conozcamos más nuestro cuerpo, no debería haber ese tabú”, dice.

Adela quedó embarazada a los 15 años y se casó a los 16. Al poco tiempo de dar a luz, volvió a quedar embarazada y en ese entonces no sabía qué hacer para no tener más hijos. Entonces, le contó a una vecina y ella fue quien le explicó que debía utilizar un método anticonceptivo para frenar los embarazos.

“Mucho tiempo después sí le pregunté a mi mamá por qué no nos había enseñado eso a nosotras. O que por qué cuando alguien quería tomarnos para hacernos actos sexuales, no nos había instruido al respecto. Y ella decía que a ella nunca nadie le había enseñado y que era un tema muy privado. Y pues a mí no me parece para nada *privado*, hay que tocarlo en todas las épocas de la vida”, opina.

Estas situaciones revelan los innumerables obstáculos que deben sortear quienes menstrúan para atravesar un proceso natural e ineludible, uno que durante años ha sido silenciado y relegado al mundo de los tabúes.

Las ventas de estos productos, entre enero y junio de 2024, superaron el billón y medio de pesos en el país.





Adela en la cocina de su casa mientras prepara el almuerzo.

Ante una creciente preocupación por estos temas, organizaciones sociales que luchan por los derechos de las mujeres, han adelantado procesos que buscan mejorar el bienestar de las personas a la hora de menstruar.

Por ejemplo, Xiua Ecología Femenina es una empresa que vende toallas higiénicas de tela y calzones absorbentes para promover menstruaciones sostenibles; además, realiza talleres en los cuales personas de escasos recursos aprenden a hacer sus propias toallas de tela con los materiales apropiados.

La iniciativa Princesas Menstruantes busca llenar los vacíos de información en zonas rurales de Colombia para que las niñas aprendan sobre su cuerpo y sobre su ciclo antes de la menarquia.

Y la Secretaría Distrital de Salud busca ampliar el alcance de la atención que brinda para que la menstruación no se convierta en un problema de salud, fortalecer las estrategias de educación menstrual en escuelas del Distrito de Bogotá, evaluar las condiciones en las que las personas están menstruando y promover más

investigaciones sobre la menstruación desde los campos médico, pedagógico, psicológico, social y regional.

Aunque la menstruación ocupa cada vez más espacios en los debates públicos, esto todavía no es suficiente. Las iniciativas del Distrito y de las diferentes organizaciones feministas son esenciales para seguir avanzando en los derechos sexuales y reproductivos —los cuales incluyen la menstruación—, pero aún falta mucho camino por recorrer.

“Creo que si desde niñas nos enseñan que debemos cuidar nuestras partes íntimas, tener una higiene y no ponernos cualquier cosa allá, seguramente vamos a tener una vida más saludable en todos los sentidos”, expresa Adela Morales mientras asiente suavemente con su cabeza y sirve los frijoles en cuatro platos.

Luego, con el cucharón en mano, pausa su movimiento cuidadoso y me mira fijamente: “Nos falta mucho para aprender a cuidarnos, para aprender a amarnos”, finaliza. ^{DB}

* Nombre cambiado para proteger la identidad de la fuente.

El 13,5 % de las mujeres en Colombia tuvieron dificultades económicas para adquirir los elementos necesarios para atender su periodo menstrual

Los colores y el grafiti se toman las calles de Usme

Texto: Ana Valentina Garavito Velandia
ana-garavitov@javeriana.edu.co



La Mesa del Grafiti Usme. Foto: Vidal Romero.

En las calles de Usme, en el sur de Bogotá, los muros cuentan historias que trascienden las paredes. El grafiti no es solo un acto de expresión artística, es también una forma de resistencia, una manifestación individual y un espejo de las realidades que enfrentan los jóvenes.



Johan Steven Alba Gallo, conocido como Jrat, tiene 25 años y ha vivido toda su vida en Usme. Su historia está marcada por la resiliencia y el amor por el arte. Desde pequeño, le gusta el dibujo y siempre ha estado atento a la escena callejera, observando a otros artistas y las transformaciones de su entorno. Su proceso y desarrollo se lo agradece a su madre, una mujer que le enseñó amor y respeto por lo que le gusta.

Fue a los 15 años, tras el fallecimiento de su madre, cuando su vida dio un giro. La escena del grafiti y el hip-hop se convirtieron en su refugio y en un espacio para ayudar a los demás en memoria de ella. Su primer acercamiento al grafiti había sido en la niñez, gracias a un taller en su colegio dictado por Cano Félix, un artista de destacada trayectoria que lo orientó e inspiró a seguir con la brocha y el aerosol. Además, su conexión con el grupo de rap Primateria Prima le permitió acercarse al hip-hop, otra de sus grandes pasiones, que acompaña su trabajo como diseñador de grafitis.

Para Johan, el grafiti y el hip-hop no son solo formas de expresión artística, sino también

un legado de amor y resistencia que mantiene viva la memoria de su madre. Es, además, algo que disfruta hacer en su tiempo libre, en solitario o con amigos. Para él, es un proceso personal que le permite liberar emociones y construir identidad.

Su trayectoria en el “graffiti escrito” comenzó en 2021. En ese momento, decidió pintar por primera vez en un mural a una persona escribiendo con un aerosol la sigla “ACAB”, que significa “All Cops Are Bastards” (“Todos los policías son bastardos”). Fue un acto de protesta ante los abusos de algunos integrantes de la fuerza pública contra los artistas de grafiti. Desde entonces, ha desarrollado un estilo propio que combina letras y personajes, utilizando vinilo, aerosol y brochas como herramientas principales.

Johan continuó explorando formas de involucrarse en el arte hasta que asistió a un evento de grafiti en la Biblioteca de La Marichuela, organizado por un colectivo de Fontibón. En este taller seleccionaron a los mejores asistentes, y Johan fue elegido para colaborar con otros artistas en la creación de su primer mural pú-

“Coraline”, colaboración para Halloween de la Mesa Grafiti Usme 2023, con técnica mixta de brocha y aerosol.

"Danubio", trabajo en la estación Danubio, con técnica mixta de brocha y aerosol.



blico en un festival, lo que marcó un hito en su carrera artística.

Esta experiencia lo llevó a conocer, en 2024, la Mesa Local de Grafiti de Usme. Este espacio nació en 2012 con el objetivo de reunir a artistas, académicos e instituciones locales y distritales para discutir y regular la práctica del grafiti. Posteriormente, en 2015, el proyecto se expandió, con el propósito principal de defender el grafiti como herramienta de expresión cultural y social, promoviendo su práctica de manera responsable y colaborativa.

En el Festival de Arte Urbano de 2024, la Mesa de Grafiti seleccionó a Johan para una intervención en la localidad de Ciudad Bolívar, en el barrio El Rincón de la Estancia. Allí participó

en un mural en conmemoración a Diego Felipe Becerra Lizarazo, un joven grafitero fallecido. La obra, que dice "Recogiendo pasos" junto a un chico sentado viendo unos tenis colgados en una cuerda, hace referencia a retomar los pasos de quienes ya no están. Este mural fue una colaboración de más de 80 artistas urbanos, en el que cada uno aportó su estilo, su marca personal.

Un proyecto que marcaría un antes y un después en la historia del grafiti en Usme fue la protesta de la Mesa de Grafiti contra la mala gestión del presupuesto local en 2024. Esta situación llevó a cancelar varios festivales, entre ellos el de Metal y Hip-Hop, lo que la comunidad consideró un "robo cultural". En respuesta, Johan y otros artistas realizaron una intervención colectiva en un muro emblemático: pintaron ratones con chaquetas de ediles huyendo con dinero, junto a la frase "En Usme nos roban la cultura", con el cual buscaban denunciar las injusticias y defender su espacio.

Como menciona Johan, "entre todos reunimos dinero para la compra de material y luego nos tomamos un espacio que siempre ha sido un sitio de protesta; un muro en la vía de Molinos y Usme, de aproximadamente 45 metros de largo por 2,5 de alto". Este mural también fue un llamado a la comunidad para reconocer el valor del arte como herramienta social.

Y así, con ratones ediles huyendo y la frase que resonaba como un eco en los muros de Usme, la Mesa Local de Grafiti plantó su posición frente a lo que llaman un "robo cultural".

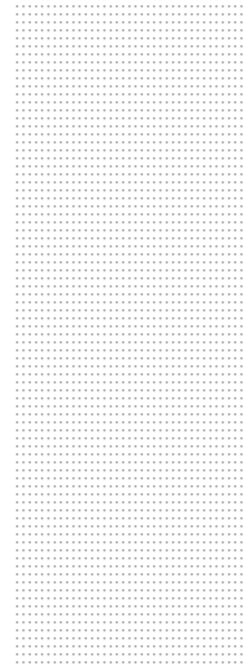
Pero la historia no termina en la denuncia. Para Johan y sus compañeros, el grafiti es un estilo de vida, un aprendizaje constante que se nutre de la colaboración colectiva y de la calle.

De esta manera nació la colaboración con el colectivo Montañarte, en un evento memorable realizado en una zona de invasión cerca del barrio Alfonso López, en Usme. Montañarte organizó una recolección de utensilios escolares y zapatos, para luego llevar a cabo un evento comunitario donde los niños de la zona recibieron donaciones.

Johan recuerda: "Se ofreció un sancochito para la comunidad y se presentaron obras de arte,



Estudiantes y comunidad colaborando en la obra del colegio.
Foto: Ana Garavito.



teatro y circo. Además, me invitaron a pintar en una intervención artística que fue enriquecedora, ya que los niños vieron a artistas en acción por primera vez, causándoles gran impacto y alegría. Estas intervenciones han sido fundamentales en mi trayectoria y en la comunidad”.

Johan ha convertido el grafiti en una representación individual. No se trata solo de pintar, sino de vivir el arte en cada aspecto de su vida. “Es como el que juega a fútbol, como al que le gustan sus motos, se vuelve un estilo de vida en el que tú pintas dos veces a la semana o al menos una, pero siempre estás en el constante ejercicio”, comenta. Y ese ejercicio constante no se limita a Usme. Como creador de grafiti escrito, Johan ha dejado su huella en diferentes rincones de Bogotá: Suba, Fontibón, Bosa, Soacha, Chapinero, Mártires... “Creo que por la mitad de las localidades ahí debe haber algo mío, pero sobre todo en Usme”, cuenta.

En su recorrido por la ciudad, Johan ha encontrado en los muros no solo espacios para expresarse, sino también oportunidades para



compartir su conocimiento con las nuevas generaciones. Por eso, junto a Ómar Arias, de la Junta Directiva del Colegio Ofelia Uribe de Acosta, y conscientes de la importancia de formar a los futuros artistas, comenzó un proyecto para llevar talleres de grafiti a los colegios de Usme. Fue así como surgió la oportunidad

“Jrat Nadando en un mar de energía”, uno de los murales del Colegio Ofelia Uribe de Acosta, técnica mixta de vinilo y aerosol.
Foto: Johan Alba.



Bogotá es una de las capitales del grafiti en Latinoamérica. Según Idartes, la ciudad cuenta con más de 8.000 murales

de intervenir el colegio donde Johan creció. “Ese muro de 4 metros de alto por 12 de ancho tenía uno de mis primeros caracteres de grafiti y dije: ‘Pues, parece, sería chévere algún día hacer algo allí’”.

El proyecto se materializó gracias a la colaboración del gestor cultural del barrio, Ómar Arias, y la rectora del colegio, Patricia Velandía, quien menciona: “Quería llenar de vida el colegio, que los colores y las letras se vieran reflejados en las paredes, y que mis estudiantes aprendieran y se apropiaran de su espacio de una forma artística”.

Johan y sus compañeros diseñaron talleres para enseñar a los niños las técnicas básicas del grafiti, así como los valores de respeto, responsabilidad y trabajo en equipo. Aunque los primeros talleres no tuvieron la acogida esperada, ellos no se rindieron y buscaron nuevas estrategias para involucrar a los estudiantes.

Finalmente, en marzo de 2025, el proyecto tuvo éxito. Los niños participaron con entusiasmo en la creación de un mural que transformó la fachada del colegio. “Los chicos estuvieron supercontentos con la pintada, les gustó mucho la intervención”, cuenta Johan. Los padres de familia y la gente del barrio también estaban felices.

Esto lo confirma una de las madres del colegio, Juliana Vallejo: “El colegio es muy gran-

de y aunque está bien cuidado, necesitaba una intervención artística. Además, lo que más me gustó fue la manera en que involucraron a los chicos en el proyecto. Se ve muy bello”.

Para Johan, esta experiencia fue una confirmación de que el grafiti puede ser una herramienta poderosa para generar cambios positivos en la comunidad. “Me siento en la capacidad de poder continuar haciendo el *graffiti writing* porque realmente siempre ha sido lo que me gusta”, afirma. Y aunque también le gustaría explorar otras facetas del arte, como el paisajismo y el realismo, su pasión por la escritura sigue siendo su motor. “Me gusta más escribir, realmente, el poder ser libre en lo que estoy haciendo, que sea algo mío. Eso me parece maravilloso”, concluye.

En las calles de Usme, donde los muros hablan y los colores cuentan historias, Johan Steven sigue dejando su huella. Su arte es un testimonio de la lucha, la resistencia y la esperanza de una comunidad que se niega a ser silenciada. Y mientras haya jóvenes como él dispuestos a tomar un aerosol y transformar un muro en un lienzo, Usme seguirá siendo un lugar donde el arte florece en medio de la adversidad. El grafiti está hecho para la gente, no solo para el grafitero; su sentido es incomodar, tiene un impacto que trasciende, sea para algo bueno o malo, con un sentido de pertenencia y política. ^{UP}



“Víboras del bosque”, trabajo con técnica mixta de brocha y aerosol, ubicado en la diagonal 81A bis Sur. Foto: Johan Alba.

Las tres
generaciones
de Diokaju.



El teatro de la memoria afro

Texto: Sophie Echappé Palomino
so_echappe@javeriana.edu.co

Fotos: Sophie Echappé Palomino,
cortesía de Miguel Truman y de Diokaju

Catalina Mosquera, María Moreno y Ana Ruth Díaz hacen parte de Diokaju-Generación Arte Afro, una agrupación compuesta por cantadoras y bailarines afrocolombianos. De manera colectiva, han creado obras de teatro que se inspiran en las vivencias propias, para así incidir y transformar las mentes y acciones de su público.

El escenario es oscuro y un único foco de luz amarilla puesto en el centro alumbra el piso negro. Allí, una mujer da varios saltos en puntas de pies, sin que su espalda se encorve. Mientras sube, en cada salto sus hombros se elevan y sus brazos se extienden a los lados, mientras que sus palmas giran para mirar hacia atrás. Tiene puesta una máscara plateada que se asemeja al color blanco cuando entra en contacto con la luz. Esta le cubre los ojos, las mejillas y la nariz. Al bajar, su vestido terracota cae y logra reflejar su mate-



Catalina Mosquera,
cofundadora de Diookaju.

rial sedoso, pesado y, a la vez, flexible para hacer posible el movimiento.

Los saltos se acompañan de lo que parecen ser cajas de ritmos que, al oído, se sienten rápidos. Entra un teclado más largo y la mujer extiende su torso hacia atrás y hacia adelante apenas moviendo sus manos. Da pasos lentos con los pies. Esos pasos —que vacilan entre la actuación y la danza— son firmes y, a pesar de estar descalza, el público es capaz de escucharlos.

Es entonces cuando aparecen otras tres mujeres con espejos en mano y la rodean; ella, con tono agotado y sin dejar de moverse de lado a lado, les dice: “Es importante insistir, persistir, pero jamás desistir”.

Ella es Catalina Mosquera, una mujer afrocolombiana de 42 años, nacida en Bogotá, bailarina egresada de la Academia Superior de Artes de Bogotá (ASAB), actriz y madre. Su juego con los espejos hace parte de la obra teatral *Detrás de mí estoy yo*, en la que se exponen las máscaras que día a día ellas se ponen para

verse, ver a otros y que otros puedan verlas. Son autorretratos que, indudablemente, hablan también de aquellas máscaras del público.

Hace siete años creó esta obra de teatro junto con su esposo, Julián Díaz. Con él comparte el amor por el baile y la actuación. Julián tiene 46 años y es artista escénico de la Universidad Pedagógica Nacional y actor de la Academia Charlot.

Ambos fundaron Diookaju hace catorce años, una agrupación afrocolombiana de cantos, danza y teatro. El acrónimo de la agrupación está formado a partir de sus nombres y los de sus tres hijos: Dinari, Olofi y Oro.

Desde el 2010, han dirigido y creado al menos 14 obras de teatro que han sido puente para contar vivencias desde su sentir afro, como dice Catalina. En ellas se plasma *escenaafro*, una técnica creada por ellos dos que fusiona la danza afro y la actuación.

“La actuación me ha dado la oportunidad de poner la voz y el cuerpo; la danza me ha permitido poner libertad”, afirma la actriz y bailarina, quien, por medio de la danza, logra reafirmar su identidad como mujer negra en la capital.

Diookaju se ha presentado en distintos escenarios en Bogotá y ha participado en eventos como el Festival Internacional de Artes Vivas (FIAV). También ha estado en tarimas de Medellín, Buenos Aires y Guadalajara.

Hoy ensayan en una sala ubicada en un segundo piso de la casa de María Moreno, la madre de Catalina. Ella proviene de San Martín de Purré, un corregimiento del departamento del Chocó, del que huyó para evitar un matrimonio no deseado. Sus más de 50 años en la capital la han llevado a cocinar changua, plato tradicional bogotano, pero con queso costeño, para no olvidar sus raíces. Con 74 años, hoy actúa y canta para Diookaju, pero en algún momento se preguntó si era posible que su cuerpo con achaques de artrosis, actuara en un escenario. “Yo no quería, no lo entendía, no me gustaba. Un día, en la iglesia recibí una profecía, y el pastor me dijo estas palabras que nunca se me olvidarán: ‘Si es lo que vas a hacer, hazlo bien. Porque soy yo el que te tengo allí, no me dejes



en vergüenza'. Esa frase me colmó espiritual y moralmente y llenó mi expectativa de que sí era capaz de hacerlo", expresa María.

Además de actuar, María se adentró en el canto con las cantadoras de Echembeleck, un espacio musical conformado por mujeres afrocolombianas que han atravesado situaciones de desplazamiento o desarraigo y discriminación. La letra de su primera canción, compuesta por ella misma, surgió mientras recordaba vivencias en su llegada a Bogotá.

—¿Le gustaría cantarla? —pregunto.

—¡No he tomado ni tinto! —exclama María con sonrisa tímida.

Tiene el pelo canoso recogido hacia atrás. Viste un saco gris de lana con ocho botones cafés que le llega casi a las rodillas. El pantalón blanco de seda combina con sus zapatos beige semiabiertos. Se acomoda en la silla, mira a su hija, que está sentada al lado derecho, y luego a Oro, su nieta de seis años. La niña la impulsa con ojos atentos. Entonces, empieza:

*Yo me vine del Chocó con tristeza y con dolor
de haber dejado mi tierra, mi familia y mi región.*

Pero llegué a Bogotá, se me despertó el dolor.

Se me despertó el dolor porque me tocó vivir racismo y discriminación.

*Ay, yo lloraba y lloraba pensando en mi Chocó
que lo veía tan lejos.*

Oro repite junto a su abuela algunos fragmentos de la canción, mientras se tambalea en el sillón naranja situado al frente de una mesa de centro. Allí reposan figuras de porcelana de mujeres negras con materas en la cabeza y un portarretrato con sus otros dos nietos.

María sube sus manos, aplaude y sigue cantando:

*Me dolía el corazón, pero yo cogí el pañuelo y me
sacudí el dolor.*

Y juré por mis ancestros que no me iban a vencer.

Yo llevo 50 años de vivir en Bogotá.

*Es que un chocoano ofendido no se deja pisotear,
no se deja pisotear.*

Termina la canción que parece haber resonado por toda la cuadra, pues su tono de voz envuelve los oídos de quienes la escuchan, evitando cualquier distracción.

María expresando su voz a través del canto.



**Diokaju ha
creado y dirigido
al menos 14
piezas teatrales
desde el 2010**

—Esa es mi canción. Esa es la historia de la cucha María —dice.

En el 2010 empezaron los ensayos con María, que se convirtió en una de las actrices de *Raíz de ébano*, una obra teatral que busca honrar las memorias y el lugar de las madres y abuelas afrocolombianas. En ella se narra el recorrido de tres mujeres desde la danza y la actuación: Alba Nelly Mina, María Moreno y Ana Ruth Díaz. Ellas dejaron sus tierras —en Cauca, Chocó y Valle, respectivamente— para llegar a Bogotá.

Ana Ruth Díaz, que hoy tiene 70 años, va contando a lo largo de la obra las discriminaciones que vivió en Candelaria, Valle, su tierra, en la que incluso sus hermanos la marginaron.

A Bogotá llegó con deseos e intenciones de transformar su condición socioeconómica.

Durante la muestra, las luces envuelven a las tres actrices. Llevan vestidos anchos y largos hasta los tobillos, así como turbantes. Caminan hacia delante mientras suena de fondo percusión colombiana y africana. De repente, desde el centro del escenario, Ruth canta, y en su interpretación habla de un árbol que crece y de la añoranza de su madre, Rosa Amelia Molina.

Suenan tambores, renuncian a la línea diagonal que va de lado a lado del escenario y empiezan a caminar aleatoriamente. Acarician su rostro, observan sus manos y sus brazos. Llevan el tronco hacia el cielo en un movimiento circular. Regresan hacia adelante tocando el suelo. Ruth, en escena, repite su canción en voz baja, casi tarareando.

La mujer recuerda y habla de *Raíz de ébano* con voz temblorosa.

—A mí esta obra me sanó. Yo vivía siempre pensando: “¿Por qué pasaron tantas cosas? y ¿para qué?”. Todo eso estaba ahí guardado, y cuando empezamos a contar nuestra historia, me quebrantaba mucho, lloraba y no podía casi ni hablar. Cata estaba al frente y los otros en el elenco me decían: “Vamos, que usted puede”.

Ana Ruth, de trenzas y candongas plateadas, está sentada en el sofá naranja de la casa de su amiga y consuegra. Mientras rememora, se le empañan las gafas, pero se interrumpe a sí misma para tomar un sorbo de tinto. Está al lado izquierdo de María, y la mira repetidas veces mientras habla. Es, tal vez, la más sonriente de las tres. Sonríe mientras habla de sus nietos.

Se ha dedicado a la actuación con Diokaju y, junto a María, es considerada una mujer *mayora* de la Fundación. Así llaman Catalina y Julián a sus madres. Además de eso, *heroínas*. Las ven con ojos de respeto y las escuchan permanentemente. Sus historias de vida son honradas mediante la creación de obras de teatro.

Conspiración es otra de las obras. La montaron en el 2021 con la intención de honrar las vivencias de sus antepasadas afro, no solo

Cada 21 de mayo, Diokaju organiza su propia muestra teatral para conmemorar el día de la afrocolombianidad en espacios comunitarios



En el barrio Jerusalén está la sede de ensayos de la agrupación Diokaju.

Abajo: la huerta de María Moreno con vista a Ciudad Bolívar.

de sangre, sino también de luchas, saberes, fortalezas y liderazgos, como los de Ana María Matamba y Polonia. Ellas fueron mujeres negras que lucharon por la libertad de hombres y mujeres a quienes esclavizaron durante la Colonia.

Ana María Matamba nació alrededor de 1720. Cuando Colombia dio su grito de independencia, en 1810, esta lideresa ya tenía 90 años. Es histórica en las luchas emancipadoras, porque, a pesar de haber sido esclavizada desde su nacimiento, resistió conservando su apellido de origen africano y, por lo tanto, manteniendo parte de su identidad afro.

Por su lado, Polonia fue una mujer negra que lideró enfrentamientos contra algunos españoles y la fuga de mujeres que fueron esclavizadas en la región de Malambo, cerca de Cartagena. Fueron entre 150 y 200 mujeres, según narra la escritora Elvia Duque Castillo en su libro *Aportes del pueblo afrodescendiente: la historia oculta de América Latina*.

—*Conspiración* es una obra en dos planos: el físico y el espiritual. En el primero están ellas, que son las ancestras. Queremos visibilizar la parte de las mujeres negras en las luchas y en las libertades de Colombia. Son personajes emblemáticos que no se conocen, pues no se habla del aporte que han hecho a la construcción de la nación. Y en el segundo está el estallido social de 2019, 2020 y 2021, donde hay mujeres que exigen sus derechos —relata Catalina.

Para Catalina, el sostén de sus ancestros hombres y mujeres es permanente cuando está en escena. Además, hablar de quienes vivieron antes que ella es una responsabilidad, pero también un legado para los que nacieron después de ella. Es una responsabilidad visionaria, como dice.

Las *mayoras* de Diokajú también quieren dejar ese legado.

—Un árbol uno lo arranca, pero la raíz queda ahí y por algún lado sale una ramita de esas raíces. Puede ser que Oro, sus hijos, sus nietos o sus tataranietos les cuenten a los hijos de sus hijos que hubo dos mujeres que dejaron una historia. Van a tener una historia que con-

tar y nunca nos van a dejar morir, no nos van a olvidar —cuenta Ruth.

Mientras le pide galletas con mermelada a su madre, Oro escucha cada palabra que comparten las mujeres en la sala del hogar de su abuela. Ellas entienden el arte, la actuación, el canto, la poesía, la casa, la cocina, la fiesta y la tarima como una forma poética de narrarse y una forma contestaria de responder a preguntas personales y después colectivas como: ¿qué es el desplazamiento?, ¿qué respiro le van a dar a su familia?, ¿cómo visibilizar el heroísmo de sus madres?, ¿cómo hablar del encierro desde la danza?, ¿cómo se viven los sitios de rumba para la gente afro? y ¿cómo contar la historia de aquellas lideresas del pasado?

—Estoy aquí hablando con usted —dice Catalina— por mucha sangre, muchos dolores, muchos cuerpos y mucha gente que estuvo antes de mí. Esto es una responsabilidad política. **DB**

Ruth Díaz se dedica también a escribir poesía.





Foto: José Cadena (@josedispara).

Del biombo *al beat*

Texto y fotos: Luna Badrán Rodríguez
badranlmanuela@javeriana.edu.co



Juana de tronco flexible
y paso firme. Foto: José
Cadena (@josedispara).

El hiphop es un fenómeno en Colombia. En la última década, las mujeres bailarinas y compositoras de rap están llegando con más frecuencia a las tarimas. Juana Torres, Salomé Cifuentes y Michelle García son tres artistas inmersas en la escena urbana.



Michelle grabando su último sencillo *Bifronte*.

Es sábado por la mañana y es día de entrenamiento. Juana se para frente al espejo con la misma tensión con la que lo haría ante una multitud. Nadie la observa, pero ella actúa como si cada movimiento tuviera que ser válido. Su sombra, proyectada en la pared, parece otra bailarina lista para enfrentarla. Se mira fijamente, como midiendo a una contrincante invisible. El cuerpo se dobla hacia el piso, mientras sus manos dibujan cuadrados en el aire. Dos giros, una pausa. Repite, corrige, respira. En ese espacio íntimo, sin luces ni aplausos, ella se prepara.

Juana Torres tiene 24 años, es bailarina profesional de danza urbana desde hace nueve años y en el gremio la conocen como Orange. También es gestora sociocultural de proyectos y formadora de bailarines en la escena *street dance* enfocados en *hiphop freestyle*. En febrero de 2025 fue campeona en la primera clasificatoria de Red Bull Dance Your Style, una competencia que reunió a artistas en una celebración de baile, música y performance que recreaba la atmósfera de estos estilos.

Orange es de cuerpo fino, facciones afiladas y feminidad evidente: cabello largo rubio, maquillaje bien puesto y retocado, una delicada joya en la nariz y manos delgadas que en escena marcan el compás. Ella reconoce que hay una escena urbana palpitante que admite nuevas masculinidades y feminidades, pero también que la danza urbana no siempre fue un escenario transgresor, sino opresor.

“Soy una revolución constante. Lo soy puramente, por el hecho de haber nacido mujer y hacer hiphop. Como siempre se dijo que la danza fue creada por hombres, o me convertía en uno de ellos para entrar y cambiar el juego desde adentro o nunca entraba. No es cualquier comunidad; he visto cómo mujeres dentro del gremio pierden su energía femenina por querer pertenecer a este contexto masculino. A mí me tocó hacerlo. Me rapé todo el cabello y empecé a batallar calva. Mi ropa empezó a ser supremamente ancha. Era tosca, brusca. Hasta que me harté y dije que, si el contexto no cambiaba, yo cambiaría para cambiarlo. Ahora, si yo no tuviera esta posición y este respeto, nadie me escucharía. Tuve que profesionalizarlo”, dice con firmeza.

Tomar la decisión de dedicarse a la danza no fue fácil. “El arte no es bien visto económicamente”, explica Orange. Sin embargo, le pidió a su familia que confiara en ella, porque haría que su profesión funcionara. A punta de entrenamientos de dos y hasta tres horas diarias, renunció a los placeres momentáneos y empezó.

“Tenía nueve años cuando tuve mi primer acercamiento con el universo hiphop. Pero hace diez años conocí la danza por medio de B-Boys y B-Girls [bailarines de *break dance*] de mi ba-

rrio. Con la llegada de internet, me apasioné por la escena del *street dance*, desde estilos como *locking*, *popping*, *walking*, *house*, hasta *pantsula* y *Chicago footwork*".

En el 2013, Orange entró a Soul Beat Fam, la academia que en ese momento lideraba José Luis Cuesta o Joseph Q-Faces, un investigador del hip-hop, quien fue su mentor. En ese momento, solo había dos mujeres dentro del hip-hop: Laura Ávila y Sara Justhim y ellas lideraban, pero lo hacían en muchos estilos, su enfoque no era ciento por ciento hip-hop. Orange, en cambio, se especializó en su estilo y por eso también se convirtió en jueza de *open styles* y, cuando empezó a tomarlo como un proyecto de vida, pudo tener presencia suficiente para aportar al cambio de la propia subcultura.

Mediodía del viernes. Salomé Cifuentes Cabrera, de 24 años, conocida como Salo C, llega con una bandana ancha sobre su frente, camiseta deportiva y su pelo largo ondulado. Oriunda de Medellín, dedicada al rap, no se ve haciendo otra cosa que rimar. Habla en tercera persona para dejar clara cuál es la diferencia entre su personaje de escena y la ciudadana corriente. Al preguntarle cómo funcionan ambas personalidades, dice: "Salomé era insegura. Más bien, soy insegura. Quizás por lo mismo, tengo muy claro que jamás trataría de crear un complejo a nadie en mis estrofas. En las batallas, no me meto con el físico para pordebajear, ya sea contra un hombre o una mujer".

Dentro del hip-hop, las batallas de rap son una mezcla de catarsis y agresividad. Todo está permitido y hay categorías para rimar. Los desahogos, por ejemplo, pueden ser convertidos en rap conciencia. Lo hacen con alguna injusticia social, como lo hacía Canserbero. También hay desamor, amor, rap sensual y *egotrip*. Salo C descubrió el *freestyle* a los 16 años y notó que era una forma de desfogue, pero también permitía el crecimiento personal.

"Mientras Salomé es una persona que no es arrogante, Salo C puede llegar a ser prepotente. En escena soy el putas. No hay nadie mejor que yo siendo mi personaje de batalla. Estando aquí puedo plasmar mi sentir en le-

tras que quedan en el tiempo, la mente de la gente", afirma.

Salo C veía batallas argentinas desde el 2017. Y un día en pandemia, de forma repentina, le llegaron unas palabras a la cabeza: *cocainómano*, *recluto*, *depresión absoluta*. "Busqué un *beat*, empecé a escribir. Como tenía amigos que estaban en el *freestyle*, les pedí su opinión. Arranqué y ya tenía la admiración de muchos", recuerda.

Le encantaría que no la categorizaran como una mujer rapera, porque a los hombres les dicen simplemente "raperos" y no se les pone el género por delante.

Salomé con su porte urbano y estilo *baggy*.





Orange en la competencia Red Bull Dance Your Style 2025. Foto: José Cadena (@josedispara).

“He encarado comentarios que demeritan mi talento y lo reducen al género: ‘A usted le celebran esa rima porque es mujer’, dicen. No. Si no tuviera el talento, no podría estar aquí. El ataque rápido que tienen los hombres es decir que soy fácil o que estoy donde estoy por ser mujer; se meten con el físico o dicen que media escena del rap me ha comido. Por eso, como todo es una puesta en escena y dentro de la competencia es válido cualquier recurso, recuerdo muy bien lo que dije la primera vez que entré a una: *‘Atacarme con el físico en vez de lo lírico / si para ti suma, para mí resta. / Que me digas gorda o algo parecido, no me molesta / porque rapeo chimba y ya se sabe que donde hay carne se encuentra la fiesta’*”.

En la escena aún hay pocas mujeres, pero su número cada vez va aumentando con raperas como Marithea y Pandorap, ambas caleñas. O Azuki, una mexicana que deja en alto el talento latinoamericano. “El simple hecho de que nos vean como artistas y no como narcotraficantes o putas, cuenta”, agregará Salomé.

Resaltar por tener talento es un reto para mujeres que se dedican a lo mismo que Salomé, como Michelle García Rodríguez o Sincerap, una rapera de la localidad de Suba que resalta el talento que hay, pero critica la competencia y la segmentación entre mujeres.

Es viernes y ya casi anochece. En el estudio de grabación de Sincerap, las paredes son rojas y los elementos alrededor son de colores que estimulan pensamientos frenéticos. Michelle, de 22 años, entra con dos candongas grandes que complementan su delineado punzante y los *pear-cings* en su rostro. La rapera dice que se ve a sí misma como una figura de versos transparentes.

“A los diez años entré al mundo del MC [Maestro de ceremonias, que en el hiphop también suele cantar y componer]. Empecé escuchando Doble Porción y Métricas Frías, luego Crack Family. Hoy, el lugar que tengo como rapera me lo han dado mis letras. De hecho, mi nombre artístico, Sincerap, sale de la palabra

sinceridad. Sincerap es Michelle, la misma persona, simplemente cambia la manera de expresarse. Creé a mi personaje porque, entre otros problemas, siento que la sociedad es generalista. Para ellos, la cultura urbana es lo peor: los vándalos, los ñeros”, explica.

Cuenta que habló hace unas semanas con una chica que canta, pero que no quiere debutar como rapera porque siente que no está hecha para eso. Dice que la sociedad inculcó que el rap no era para mujeres.

“Nos denigró, y segmentó. No tiene que sorprendernos que, dentro de lo urbano, la energía femenina esté tan poco unida”, protesta, y luego asegura que cualquier persona que quiera ser MC puede hacerlo, si tiene un enfoque.

No lo dice, pero aunque no vive de rapear, sobrelleva su vida rimando. “Se me hace muy difícil expresarme. En cambio, siento que cuando escucho una pista o un *beat*, fluyo sin ponerme tabúes. Escribo porque es la forma más bonita de contarme; las letras son parte de mis vivencias y de lo que siento. No me cargo de nada negativo ni positivo, todo eso se lo dejo al papel. Escribo canciones que tengan que ver con lo realista, y eso me diferencia de la masa de raperos, yo confronto el estigma. La sociedad cree que todas van a cantar sobre los mismos temas: drogas, farras, amoríos, toda esa vaina”, asegura.

Sus letras son críticas y profundas. Ahora trabaja en una canción punzante, que reclama el modo en el que la sociedad y el mismo Estado busca uniformarlas, estandarizarlas: “*Seguiremos siendo víctimas de nuestro propio invento / profanando un buen destino por evitar retrocesos / siendo las marionetas de aquel llamado gobierno / que busca volvernos vidrio para replicar reflejos*”.

Michelle reclama que en la industria “la gente se mete con tu físico, con tu forma de cantar, de moverte, con tu voz, te compara, dicen cosas horribles y es algo con lo que una aprende a lidiar”. Por eso es importante resitir con la voz que cada una tenga. Salo C, por su lado, recomienda: “Si entra a este mundo, comprométase siempre seguir sus ideas, a no escribir por pegar. Siga lo que su cuerpo y corazón le piden que exprese”. Mientras que Sincerap sostiene que van por buen camino: “Todas tenemos esencia y somos diferentes al momento de expresarnos. Admiro a las grafiteras, a las chicas que bailan. Valoro cada una de las personalidades que abanderan este feminismo musical”. Y Orange no pide que la entiendan, “pero sí que vean cómo los *street artists* vivimos nuestra lucha. No se trata de atacar, sino de entender desde dónde viene la oportunidad del cambio. A nosotras nos une la pasión por el emprendimiento callejero; el arte en grafiti, batalla o rap”. **DB**



Bogotá es sede de Hip Hop al Parque, uno de los festivales gratuitos más grandes e importantes de Latinoamérica



Segunda parte del duelo: entrar pisando duro.

El silencio de la musa

Ana Ríos posa desnuda, pero lo que realmente entrega es presencia, confianza y un cuerpo que aprendió a habitar desde el respeto. Su historia recorre la danza, el maquillaje y la fotografía, hasta llegar al arte de modelar para otros. Cada sesión es un acto íntimo donde la quietud se transforma en lenguaje, y el cuerpo, más que un objeto, se vuelve expresión viva.

Texto: Karol Daniella Clavijo Tapias
ka_clavijo@javeriana.edu.co

Fotos: Camilo Rubiano

Antes de cada sesión, Ana repite un ritual silencioso que se ha vuelto parte esencial de su oficio. No basta con desnudarse ante los ojos ajenos: hay un acto íntimo de preparación que comienza mucho antes de cruzar la puerta del estudio. “Me gusta estirar, mover el cuerpo, despertarlo”, dice. Con las manos recorre su piel, la hidrata con paciencia, como si pidiera permiso para ofrecerla. Sabe que estará quieta durante largos periodos, así que procura activar la circulación, darles cariño a las articulaciones y, sobre todo, dar las gracias. “Siempre le doy las gracias a mi cuerpo por lo que va a hacer, y también al final, cuando todo termine”. Esa pausa es su forma de pactar con el respeto, de recordarse que lo que está por suceder es, ante todo, un acto de confianza.

Esa conciencia corporal no nació de la noche a la mañana. Se fue formando con los años, desde que Ana descubrió, siendo apenas una niña, que el arte era su forma de habitar el mundo. Creció siendo la primera de tres hermanas en inclinarse por la expresión corporal,

un camino inusual en su entorno familiar, pero que recorrió con determinación. Tenía apenas diez años cuando la danza —especialmente la contemporánea— se convirtió en su lenguaje favorito para explorar el movimiento, la estética y la sensibilidad.

Durante la adolescencia cultivó esa pasión con disciplina. Mientras asistía al colegio, cursaba un técnico en danza con la intención de convertirse en profesora para niños. En ese entonces, su proyecto de vida parecía claro. “Yo llevaba planeada una vida totalmente diferente a la que llevo ahora”, confiesa sin nostalgia, pero con la lucidez de quien reconoce los giros inesperados del destino.

Uno de esos giros llegó con la pandemia del COVID-19. La virtualidad transformó su manera de habitar el cuerpo y de relacionarse con los demás. “A uno lo que le gusta de bailar es poder compartir con el otro, sentir al otro”, explica. La falta de contacto y energía compartida erosionó su motivación. Decidió hacer una

pausa, sin imaginar que esa decisión la conduciría a una profunda crisis emocional.

Durante dos meses, atravesó una depresión que describe como una piedra atada al pecho: pesada, inmovilizante, difícil de nombrar. Fue su hermana quien, al verla apagada y sin rumbo, buscó ayuda profesional. Gracias a ese gesto, Ana inició un proceso terapéutico que la llevó, poco a poco, a reconectarse consigo misma. En una de esas sesiones, recordó la alegría que sentía al prepararse para una presentación de danza, cuando la maquillaban para salir al escenario. Ese recuerdo encendió una chispa.

Con el tiempo libre del encierro, comenzó a ver tutoriales de maquillaje. Lo que empezó como un pasatiempo se convirtió en una herramienta de exploración creativa. Comenzó a tomarse autorretratos: “Yo no sé mucho de fotografía, pero ordenaba todo como me parecía, acomodaba las luces y lo demás”, cuenta. Sin proponérselo, empezó a modelar frente a su propia cámara, a mostrar su maquillaje y a jugar con su imagen con una libertad desconocida. Cada foto era más que estética: era expresión, reencuentro, narración íntima.

Fue entonces cuando, de forma inesperada, recibió un mensaje en Instagram. Un fotógrafo le propuso colaborar. “Me gustaría hacer una colaboración contigo, porque tienes un perfil bueno para algo que quiero hacer”, decía el texto. Ana aceptó. Con timidez, pero también con curiosidad, investigó y luego asistió a su primera sesión fotográfica. Escuchó las indicaciones, se dejó guiar y, poco a poco, ganó seguridad frente al lente. A partir de ese momento llegaron más invitaciones. Lo que parecía una afición terminó siendo una puerta hacia algo más grande.

Movida por el deseo de profesionalizar lo que hasta entonces había sido un juego, Ana se inscribió en un curso de maquillaje. Durante una sesión con un amigo fotógrafo conoció a un joven pintor. Conversando, le comentó su interés por generar ingresos para continuar sus estudios y él le habló de una posibilidad: posar para artistas, dibujantes y tatuadores. La única condición era hacerlo desnuda. Ana lo pensó, evaluó la propuesta y finalmente aceptó.



Durante la pandemia, Ana encontró en su cuerpo una manera de expresarse artísticamente

W

El modelaje no es objeto: es lenguaje

W

Posar desnuda, descubrió, no era solo un trabajo: era una confrontación constante con las ideas que otros tienen del cuerpo, pero, sobre todo, con las propias. Durante años había sentido que su delgadez era un rasgo que debía justificar. “Muchas veces uno siente que le hace falta algo”, dice, como quien repite una frase demasiado escuchada. Las personas opinaban con ligereza sobre su físico, como si existiera un molde que debía cumplir. “Me decían: ‘Ay, ojalá tuvieras más busto, más nalgas’, pero al final la pregunta es: ¿me siento bien así?”, reflexiona.



Esa pregunta ha sido clave para encontrar paz frente al espejo. En cada sesión ha comprendido que el cuerpo no necesita justificarse cuando se siente cuidado. “Siempre y cuando tú te estés cuidando, te alimentes bien, le des amor a tu cuerpo, tu cuerpo va a ser como tenga que ser”, afirma con serenidad.

Ana no romantiza la aceptación corporal, pero tampoco se deja arrastrar por las expectativas ajenas. Si algún día desea transformarse, lo hará por elección, no por presión. “Hay chicas que hacen fisicoculturismo, otras que van al gimnasio para cambiar algo que no les gusta. Y está bien, siempre y cuando sea porque tú lo quieres, y no porque te sientes insuficiente”.

Ese equilibrio entre deseo y aceptación también es una respuesta a su historia personal. Su cuerpo, recuerda, ha atravesado momentos complejos, como cuando fue diagnosticada con púrpura trombocitopénica idiopática (PTI), una enfermedad que la obligó a mirarse desde otro lugar. “No sé por qué la gente, cuando uno es delgado, lo percibe como débil, como frágil”, comenta. Pero posar le ha enseñado que lo frágil no siempre es vulnerable, y que la quietud también puede ser una forma de fortaleza. En silencio, mientras otros dibujan su cuerpo, Ana sostiene el suyo.

Después de abrirle la puerta a lo emocional —a ese camino íntimo que la llevó a posar—, resulta natural preguntarse: ¿cómo es realmente el oficio de modelo de figura humana? Más allá de la imagen idealizada o perjudicada que muchos puedan tener, el trabajo de Ana está atravesado por la conciencia corporal, la empatía con los artistas y una precisión que exige tanto del cuerpo como de la mente.

Las sesiones varían según el tipo de taller, pero hay un ritmo general que se repite: Ana llega, saluda, se cambia, se acuerdan las poses y los tiempos. “Esta primera pose va a ser de dos, cinco minutos”, explican al comenzar. Esos primeros movimientos no solo preparan a los artistas; también le permiten a ella leer el espacio, sentir su cuerpo, calcular los ángulos. “Mi cuerpo es alargado”, dice. “Entonces me gusta hacer poses que lo estiren más. Un brazo extendido, una espalda bien delineada... Busco que la pose se vea linda estéticamente”.

En ese ejercicio estético, la danza contemporánea —disciplina que practicó durante años— sigue presente.

En los talleres con poses prolongadas —de hasta tres horas—, Ana elige posturas cómodas, sostenibles en el tiempo. A veces las ensaya antes, sobre todo si sabe que pondrán a prueba alguna parte de su cuerpo. “Si sé que se me van a cansar los brazos, trabajo en eso antes. Mis bracitos son muy débiles”, dice entre risas. En esos espacios no hay espejos ni ensayos previos: todo ocurre en vivo, moldeado por el momento y la interacción con los artistas. “Hay un mutuo acuerdo. Les pregunto: ‘¿Les gusta así o quieren que cambie algo?’. A veces quieren que me deje las gafas, porque son difíciles de dibujar”.

Pero no todo es juego o entrega. También hay límites. Ana ha aprendido a decir “no”, a proteger su cuerpo y su energía. “Uno piensa: son tres horas, ¿vale la pena lo que me van a pagar por eso? A veces no. Y eso también es ponerle precio a tu energía, a tu tiempo, a tu presencia”.

Cuando termina la sesión, llega uno de sus momentos favoritos: ver los dibujos. “Ahí es donde te das cuenta de cómo cada persona te vio distinta. Hay alguien que alarga más el torso, otra persona que me dibujó con cuerpo de pulpo... Es curioso y también bonito”. Y luego agrega: “Cada trazo es una mirada. Ninguna te define completamente, pero todas te componen”.

Más que posar, Ana acompaña. No se trata solo de estar desnuda, sino de sostener una atmósfera, de ofrecer una presencia que inspire y sirva como puente entre el cuerpo y el arte. En ese espacio, el modelaje no es objeto: es lenguaje.

A quienes quieren iniciar este camino, Ana les diría que se miraran con honestidad antes de ver hacia afuera, que se pregunten qué buscan realmente, qué les da este oficio. Porque, más allá de lo visible, este trabajo exige una fuerza interior cultivada en silencio, una seguridad que no se quiebra ante los comentarios —menos aun cuando vienen de quienes están más cerca—. Hay que construirse desde adentro, sabiendo que el cuerpo, en su unicidad, tiene un valor que no se mide en juicios ajenos.

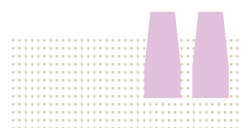


Tampoco basta con el talento. Ana ha entendido que el movimiento —esa capacidad de buscar, de tocar puertas, de insistir— es tan importante como la técnica. No siempre llega más lejos quien mejor se maquilla, sino quien mejor se muestra: quien llega puntual, tiene sus herramientas listas y no se detiene por miedo. Detrás de su trabajo hay también una investigación constante, una intención clara: saber con quién trabajar, en qué espacios estar y cómo protegerse sin cerrarse.

Cada camino se construye paso a paso. El de Ana, aunque lleno de curvas, se mantiene firme sobre una certeza: su cuerpo, lejos de ser objeto, es territorio de expresión. **DB**



Llevaba planeada una vida totalmente diferente a la que llevo ahora





Menstruación **trans y no binaria**

Texto: Elena Bermúdez Rivera
elena.bermudez@javeriana.edu.co

Ilustraciones: Lucía Federica

En una sociedad donde el género sigue marcando desigualdades, la menstruación continúa siendo un tema silenciado, confinado al ámbito privado y rodeado de estigmas. Pero en los últimos años, activistas y organizaciones han llevado el debate a la esfera pública, visibilizando experiencias que hasta ahora han sido ignoradas. Entre ellas, las de personas con experiencias trans-masculinas y no binarias que menstrúan, y que enfrentan barreras tanto en el acceso a la salud como en la educación menstrual que reciben.

Muchas de las propuestas que se han adelantado en las luchas por los derechos menstruales ponen a la mujer en el centro de la disputa; siempre se termina asociando el sangrado a un proceso biológico por el que atraviesan las mujeres. Por ejemplo, se han logrado radicar leyes, como la Sentencia T-398 de 2019 de la Corte Constitucional, que obliga al Distrito Capital a suministrar productos de gestión menstrual a *mujeres* habitantes de calle. A pesar de ser un logro para una población, estos avances suelen ser una barrera para ejercer el derecho a la identidad de otras personas que menstrúan.

Este es el caso de los hombres trans, personas a quienes se les asignó el género femenino al nacer, pero que se identifican como hombres, y de las personas no binarias, quienes no se identifican exclusivamente como hombres o mujeres, sino que pueden sentirse identificadas con ambos géneros, con ninguno o con elementos de los dos. Todas estas personas también menstrúan.

Sobre la experiencia menstrual de hombres trans

Río es un joven con identidad trans y no binaria de 23 años, fue estudiante de medicina en una universidad pública en Bogotá; ahora estudia trabajo social. Para él fue necesario transformar por su propia cuenta la idea que tenía sobre la menstruación. “Después de deconstruir la idea, ya no lo veo como algo femenino, sino como algo natural del cuerpo”, expresa.

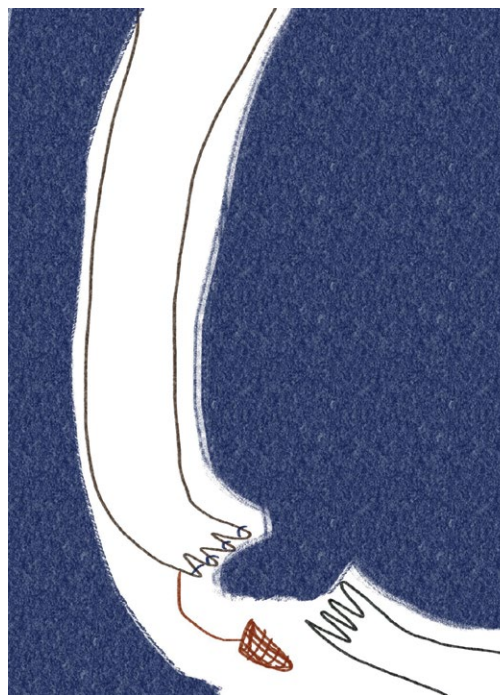
Pero esta no es la misma experiencia de otros hombres trans que menstrúan y sienten mucha disforia o incomodidad cuando su sexo asignado al nacer no coincide con su identidad de género. Existe un imaginario que lo asocia a lo femenino, entonces poco o nada se habla de las menstruaciones diversas.

Iván Danilo Donato, un hombre trans, activista por los derechos sexuales y reproductivos, plantea que personas antiderechos aprovechan estos escenarios para reforzar los discursos violentos que niegan las identidades diversas. “Utilizan la biología de los cuerpos de las personas para clasificarlas según el sexo, como si sexo y género fueran lo mismo.

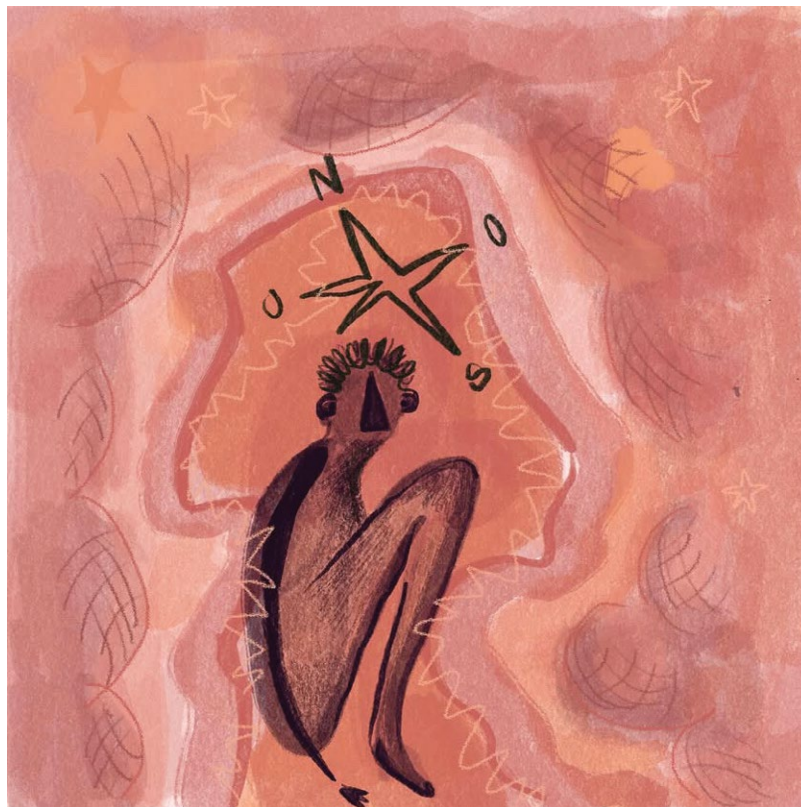
Entonces asocian directamente la biología sexual de una hembra, de tener útero, al género mujer”, explica. Esto es problemático porque las identidades trans y no binarias son negadas y, además, su experiencia menstrual es invisibilizada.

A esto se le suma el vacío de información y de censos que existe sobre las vidas trans y no binarias en Colombia. El DANE no cuenta con registros oficiales de sus datos demográficos. Quienes han trabajado en la formulación del Proyecto de Ley Integral Trans, radicado en el Congreso el 31 de julio de 2024, adelantaron un censo de esta población en el país. Por medio de alianzas entre personas y colectivos, realizaron encuestas para tener conocimiento de la realidad de ellas en el territorio colombiano. Sin embargo, esta no es información pública, pues como la transfobia es una realidad amenazante que atraviesa la sociedad colombiana, son datos que deben ser protegidos.

Como explica la ginecobstetra Diana Carolina Vargas, los censos que existen de la población LGBTQ+ en el Distrito y en el país son generales y no presentan datos específicos sobre, por ejemplo, la población de hombres trans. Según la Gran Encuesta Integrada de Hogares (GEIH)



Se estima que hay 500.000 personas LGBT en Colombia, pero no hay información para distinguir el porcentaje de hombres trans o de personas no binarias



La falta de acceso a la salud y la educación son barreras para los derechos menstruales

y su submuestra, la Encuesta Pulso Social (EPS), del DANE, se estima que hay 500.000 personas LGBT en Colombia, pero no hay información para distinguir el porcentaje de hombres trans o de personas no binarias.

Para el periodo de enero a mayo de 2022, la encuesta EPS consultó a 54.577 personas, de quienes 675 se identificaron como población LGB (lesbianas, gais y bisexuales) y 464 como trans (personas que no se identifican con el sexo-género asignado al nacer); es decir, un total de 1.139 personas pertenecientes a la población LGBT. De esa muestra, el 62,5 % de la población LGBT tiene entre 25 y 54 años, lo que sugiere que probablemente estén en edad de menstruar. Según la Organización Mundial de la Salud, la menarquia ocurre en promedio a los 12 años, y la menopausia, alrededor de los 51 años. Sin embargo, no es posible conocer qué población de los 1.139 realmente tiene un cuerpo menstruante.

Esto, además, es un problema de representación de la población, pues mezcla la orientación sexual de la población LGB con la iden-

tidad de género de las personas trans y las personas cis, aquellas cuya identidad de género coincide con el sexo que les fue asignado al nacer. La primera consiste en la atracción sexual o emocional que una persona siente por otra, mientras que la segunda se refiere a quién es y cómo se identifica una persona.

La ginecobstetra explica que esto ha representado un reto en la medicina: “Si yo quisiera hacer una caracterización de los pacientes que estoy tratando y necesito saber cuál es el número o la muestra significativa, no lo sé porque no sé cuál es la población global trans de Bogotá. No existen esos datos”.

La salud trans: dependiente de los tiempos jurídicos

Estos vacíos de información y de invisibilización de las vidas trans también impactan en su acceso a la salud. En muchos casos, las personas deben decidir si priorizar su derecho a la identidad de género o su derecho a la salud. Esto se debe a barreras que pueden incluir la discriminación y el maltrato recibido de parte

del personal de un establecimiento, el *misgendering* (referirse a alguien con un género que no es el suyo), el no encontrar toallas higiénicas y tampones en los baños de hombres, los vacíos en la formación de los médicos en la atención en diversidad sexual y de género y la imposibilidad de acceder a consultas.

Iván, desde su activismo, explica que el sistema de salud aún sigue un esquema de binarismo de género muy fuerte, porque los hombres tienen derecho a la atención en urología, y las mujeres, en ginecología. Pero “cuando un hombre trans cambia su sexo en la cédula de femenino a masculino —un procedimiento legal que se otorgó por sentencia y por decreto—, pierde el derecho a la ginecología y obstetricia, porque el sistema de salud toma su documento legal para brindarle esos servicios”, concluye. Lo que termina ocurriendo en estos casos, es que la persona debe acceder a sus derechos a través de una tutela —que, por lo general, se resuelve a favor—, pero la salud se vuelve dependiente de los tiempos jurídicos.

Iván también habla sobre una barrera que suelen atravesar hombres trans en la atención ginecológica. Al tener que hacerse una ecografía transvaginal, un nombre masculino, como “Iván Danilo”, nunca es llamado por el altoparlante, pues “creen que es un error en el sistema; para ellos es más fácil creer que hay un error a que existe una persona trans que necesita ese servicio”.

Ahora bien, cuando los funcionarios del sector de la salud sí reconocen la identidad y la transición de género de una persona, también operan discriminaciones y violencias que provienen del desconocimiento y la falta de formación del personal en esos temas.

Río cuenta que, desde su experiencia en la transición médica, quienes lo atendieron no conocían los términos ni entendían la situación. Desde ese desconocimiento, los médicos asumieron cosas que para él fueron poco profesionales: “No entendían bien y me preguntaron que cuándo me iba a hacer la histerectomía y yo ni siquiera tengo la idea de hacérmela. Desde la salud sí está muy marcada esa forma correcta de *transicionar* médicamente”, reflexiona.

Así, para el sistema de salud, hay procesos médicos o quirúrgicos que le dan cierta validez a la transición de género, pero la falta de protocolos profesionales para tratar a esta población refuerza las ideas que violentan la identidad de género y los procesos personales y únicos de cada transición.

Frente a esta situación, se han hecho avances que deben amplificarse. Por ejemplo, la Clínica de Género de la Subred Integrada de Servicios de Salud Norte, una iniciativa de la Secretaría de Salud, es la primera clínica de género de la red pública hospitalaria en Bogotá que presta sus servicios a toda la población trans, sin importar la localidad donde viven. Ofrecen servicios de psiquiatría, endocrinología, ginecología, odontología y enfermería con personal capacitado en enfoque diferencial para una atención digna.

La ginecobstetra Diana Carolina Vargas trabaja en esta institución, que desde hace un año ha atendido a 56 hombres trans y a cinco personas no binarias. Ella explica que la atención que prestan busca reconocer las preferencias heterogéneas de la población, pues cada transición es diferente. Han atendido a hombres transgénero que desean o no recibir terapia hormonal, someterse o no a una mastectomía o histerectomía, y continuar o no menstruando. Para hacer este acompañamiento, todo el personal de la clínica —incluidos los encargados de seguridad y mantenimiento— han



La Clínica de Género de la Subred Integrada de Servicios de Salud Norte presta sus servicios a toda la población trans

Hay más referentes educativos en la ficción y en el activismo que en instituciones oficiales

recibido capacitaciones en diversidad sexual y de género.

Además, Vargas reconoce que, como clínica de género, tienen una responsabilidad por compartir sus conocimientos con otras instituciones y con los trabajadores del sector de la salud: “En nuestra labor también está la responsabilidad de sensibilizar sobre cómo tratar a pacientes trans, pues más allá de los pensamientos que tenemos como personas, como médicos hicimos un juramento”.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos que esta institución ha realizado, la mayoría de las clínicas, hospitales y centros de salud continúan reforzando barreras de acceso y atención en salud menstrual para la población trans y no binaria. Quienes no han tenido las vías para asistir a la Clínica de Género o a centros con ese enfoque diferencial, han tenido que informarse sobre todas las implicaciones médicas de su transición por su propia cuenta.

Barreras de acceso a la educación menstrual

“Si vas a *transicionar* médicamente, casi que te toca volverte experto en salud, por todo el desconocimiento que hay sobre el tema. A uno le

toca buscar la información por donde sea: en los blogs de otras personas trans contándonos experiencias, en artículos publicados, etc. Entonces, terminas viviendo la transición también académicamente”, reflexiona Río. La información que le han brindado los expertos en salud no se compara con la calidad de información que ha encontrado en internet y en fuentes que no son oficiales.

A Iván le sucedió lo mismo: “Tuve que aprender por mi cuenta, porque a mí nadie me enseñó. Mi propio activismo, viviendo todas las barreras y todas las violencias fue lo que me llevó a responderme todas las preguntas que tenía. Nosotros no tenemos de dónde agarrar para aprender sobre nuestras experiencias menstruales”.

La falta de acceso a la salud no es un problema aislado: detrás hay un vacío en la educación sexual. Los referentes que hombres como Río e Iván tienen sobre la menstruación trans son gracias a sus búsquedas exhaustivas de manera personal. Río se encontró con personajes de hombres trans que menstruaban en series de televisión, e Iván aprendió de la incidencia de la colectiva bogotana AlienHadas, pero no encontraron ninguna institución oficial que abordara estos temas de forma integral.

Por eso, contar con espacios de educación y socialización no solo ayuda a derribar tabúes, sino que también permite acceder a información clave sobre sus propios cuerpos. Para tomar decisiones informadas sobre su salud es fundamental entender, por ejemplo, que el tratamiento hormonal con testosterona puede modificar el ciclo menstrual —deteniendo el sangrado o alterando el flujo— y también puede cambiar la lubricación y el tamaño vaginal, por lo cual la copa menstrual puede no ser la más apta para gestionar el sangrado.

Por eso es tan importante apoyar los esfuerzos de educación y atención en salud con enfoques diferenciales. “Hace falta más representación, más visibilidad, para que la gente sepa que esos cuerpos existen. A mí me ayudó mucho ver en ficción a personas trans que pasaban por los mismos procesos que yo, hombres que menstruaban. Falta que la educación y la salud llenen esos vacíos de desconocimiento”, concluye Río. ^{DB}





A través de las manos

Texto y fotos: Daniela López Orozco
lopezodaniela@javeriana.edu.co

Las manos son nuestro instrumento por excelencia y a través de ellas se cuentan infinidad de historias. Las texturas, las manchas, los callos y las cicatrices son los recuerdos que el tiempo traza en ellas para recordarnos que estamos vivos y tenemos mucho por contar. A través de sus manos, seis personas narran sus historias de vida.

Un legado de pasión por la naturaleza

Miguel Quintero, un hombre de 73 años, ha dedicado su vida al Jardín Botánico de Bogotá. Comenzó a trabajar ahí a los 16 años, cuando dejó la Sierra Nevada del Cocuy, donde, como él dice, “nació entre frailejones”. El fundador del jardín, Enrique Pérez Arbeláez, lo recibió con los brazos abiertos, lo cobijó y le dio la oportunidad de aprender los conocimientos de la tierra.



Miguel Quintero lleva 57 años trabajando en el Jardín Botánico de Bogotá.

Jaime Ospina ha sido zapatero desde los ocho años.



Jaime Ospina



Jaime puede coser alrededor de doce zapatos al día.

“Pasé por la universidad, pero sembrando plantas y jardines”, dice Miguel, quien ha viajado por toda Colombia recolectando semillas y plantas para el jardín. Su pasión por la naturaleza lo ha llevado a explorar diferentes regiones, desde el Quindío hasta el Putumayo.

Miguel destaca la importancia de las manos en su trabajo. Para él, son herramientas esenciales para sentir, cuidar y manipular las plantas. Rechaza el uso de guantes porque le impiden sentir la textura y la fragilidad de las plantas. Sus manos son sensibles y le permiten realizar tareas delicadas, como la siembra de semillas diminutas y la polinización de flores.

Con 57 años de experiencia, Miguel considera que sus manos son una extensión de amor por la naturaleza, son primordiales en su día a día y le permiten conectarse profundamente con la tierra. “Las estimo y las quiero mucho, amo todo mi cuerpo. Mis manos son sensibles y fundamentales para mi trabajo”, dice.

Un oficio de familia

Jaime Ospina tiene 74 años y ha arreglado zapatos desde niño. “Es un legado de familia”, explica. Sus tías, su papá y sus abuelos trabajaron en el mismo negocio y él, desde los ocho años, aprendió a usar las manos para coser, pegar y vulcanizar todo tipo de calzado.

“Muchos zapateros dicen que se está acabando el oficio, pero creo que realmente se están acabando los buenos zapateros”, afirma. Considera que le quedan máximo dos años más en su puesto; quiere retirarse y cuidar de sus gatos, Sylvestre y Niño. Ellos son su familia, lo acompañan en su casa en Potrero Grande, “el barrio más hermoso de todo Cali”, como él lo llama.

En el barrio San Nicolás, entre la carrera 9 y la calle 16, Jaime ha pasado casi toda su vida reparando miles de zapatos. Sus manos gruesas, curtidas, con peladuras y uñas mal cuidadas, muestran la dureza y dignidad de su oficio. Lo más difícil, dice, es no tener trabajo, hay días en blanco y otros en los que le faltan manos.

Lo que más le conmueve es cuando alguien se le acerca sin miedo, simplemente a conversar.



Mario compone boleros desde los 15 años.



El nombre artístico de Mario Sepúlveda es "Mario Mario".

"Lo más bonito es que me hablen, que me pregunten cómo estoy... No quiero ser invisible". Sus manos, esas amigas incansables, han sido su sustento y compañía.

Un niño que vive a través de la música

Mario Sepúlveda es un niño de 66 años que vive su sueño de ser músico todos los días. "Desde el día que me parió mi madre supe que estaba hecho para esto", dice con seguridad. Canta boleros en "La Playa", un rincón popular de Bogotá, en la calle 55 con avenida Caracas, donde los artistas callejeros se resisten al olvido. De día es vigilante, pero de noche se transforma en estrella. Dice que lo hace por amor, como lo ha hecho siempre.

Se crio entre quince hermanos, y en los coros familiares que armaban para cantar villancicos descubrió su voz. Hoy esa voz ha cambiado, y admite que fue una de las transiciones más difíciles de su vida. A pesar de eso, sigue cantando, acompañado de su guitarra. Mario recuerda con cariño la Tuna del Liceo Roselio: "Los amo con toda el alma. Esos fueron los mejores años de mi vida". Ahora no toca por reconocimiento, sino porque no sabría hacer otra cosa.

Sobre sus manos, Mario es sincero. "He sido muy indisciplinado con mis manos, no las cuidó como debería. Eran bonitas, pero ya no".

Reconoce que no son lo más importante para su arte, pero también le duele ver a quienes no pueden usarlas. Sabe que la voz y el alma llevan la melodía, pero sus manos lo acompañan. Con ellas escribe, aplaude y rasga las cuerdas de su guitarra con fuerza. En Mario no hay que buscar perfección, sino pasión, la de un niño eterno que aún canta boleros bajo las luces de la capital.

Cocinar para alegrar el alma

Tiene 72 años y se llama Odilia Muñoz, pero casi nadie la conoce por ese nombre. Des-

Lola lleva más de 30 años trabajando en El Portón de Meléndez.



Entre carne frita y marranitas, Lola hace 200 arepas al día.



de que tiene memoria todos la llaman “Lola”. Llegó al restaurante El Portón de Meléndez, en Cali, por recomendación de una amiga y comenzó lavando loza. Observando a sus compañeras, fue aprendiendo a cocinar y, en poco tiempo, ya era parte indispensable del equipo. Hoy cumple 37 años en una de las cocinas más queridas de la ciudad, haciendo su labor con la paciencia y el amor de quien ha convertido su trabajo en un hogar.

Aunque en el restaurante es reconocida por su sazón, dice que en su casa cocina aún mejor. Sus frijoles son famosos y el sancocho que prepara tiene clientela propia. A pesar de que las marranitas son el plato estrella de El Portón, es lo que menos le gusta hacer. Lo suyo son las arepas y puede preparar hasta 200 en un día.

Entre ollas, cucharones y aceite caliente, Lola ha aprendido a confiar plenamente en sus manos. Las pequeñas cicatrices por quemaduras y cortes son parte del oficio, pero ella no se queja. Tiene claro que seguirá trabajando hasta que el cuerpo le diga “ya no más”. Sus manos, que cuida con esmero, son su herramienta y su sostén. “Sin ellas se me acabaría la vida”, dice con firmeza.

Miles de historias por contar

Carlos Bernal tiene 48 años y desde los 14 limpia y embetuna zapatos en la Universidad Javeriana. Empezó en 1989, cuando le pidió permiso al padre rector Alberto Arango para trabajar dentro del campus, pues antes vendía dulces en los alrededores. Han pasado 35 años desde entonces, y Carlos ha sido testigo del paso del tiempo en cada rincón de la Universidad.



Carlos Bernal trabaja desde los 14 años embolando zapatos en la Universidad Javeriana.



Para Carlos, sus manos son un regalo de Dios. Limpia alrededor de 30 pares de zapatos al día.

Aprendió el oficio de embolar viendo a otros, escuchando consejos de amigos y familiares. Conoce el betún, el champú, el cuero y el charol como si fueran parte de su cuerpo. Dice que su trabajo es un arte, uno que perfeccionó con paciencia y dedicación. Lustra unos 30 pares de zapatos al día y, mientras lo hace, escucha historias, anécdotas y sueños.

Algunos profesores llevan más de diez años confiándole sus zapatos. Carlos no terminó el bachillerato, pero siente que cada conversación le enseña algo nuevo. Le fascina el conocimiento y, aunque la vida lo llevó por otro rumbo, sigue soñando con aprender idiomas o estudiar administración.

Sus manos —grandes, firmes y curtidas por el betún— son su herramienta de vida. Su esposa le recuerda que se le resecan mucho, pero él dice que ya no le molesta, “yo soy todo terreno”. Al principio le incomodaba ensuciarse, ahora solo le agradece a Dios por tener sus manos y poder trabajar con ellas.

Un ciudadano del mundo con un corazón inquieto

Fréider Muñoz es como un pajarito: está hecho para volar y nadie lo puede atrapar. No le gusta revelar su edad y, con una sonrisa traviesa y una mirada llena de vida, dice: “Tengo 15 años y cada día me hago más joven”. Nació en los años sesenta y en su niñez vendía flores en la calle, pero desde los 12 años ha explorado el arte de la filigrana entre viajes, ferias artesanales y caminos que ha recorrido con mochila al hombro.

Sus padres emigraron de Ocaña hace muchos años y así sembraron en él una semilla aventurera que nunca ha dejado de crecer. Su arte lo ha acompañado durante casi 40 años y lo ha llevado a recorrer toda Latinoamérica y algunas partes de Europa.

Aprendió observando, preguntando, intercambiando saberes con otros viajeros. Perú, Brasil y Venezuela han sido paradas fundamentales en su formación, pero asegura que lo más valioso no son los destinos, sino las personas que ha conocido. Los materiales para sus pie-

zas los consigue en trueques con otros nómadas y todo lo que crea tiene su propia historia.

Antes soñaba con ser futbolista, pero un disparo en la rodilla lo obligó a cambiar de rumbo. Encontró en sus manos la herramienta perfecta para seguir soñando. Ellas son un testimonio de cada camino andado. Tienen huellas, marcas, callos y cortes, pero también una precisión y delicadeza que convierten el alambre en joyas perfectas. “Mis manos son mi arte”, dice con orgullo. **DB**



Fréider Muñoz trabaja la filigrana desde los 12 años.



Fréider ha conocido más de 30 países. Aprendió a trabajar la filigrana en sus viajes.

Los últimos guerreros enmascarados



Textos: Alejandro Ballén Lobo
a.ballenl@javeriana.edu.co

Fotos: Noelle Maquinay
noellemaquinay@javeriana.edu.co
y Alejandro Ballén

Aunque ha perdido su popularidad en Bogotá, siguen existiendo personas que practican la lucha libre. Detrás de máscaras, sobrenombres, héroes anónimos y acrobacias, se esconde una práctica con una historia que combina el teatro y el deporte. En el barrio San Fernando, en la localidad de Barrios Unidos, un grupo de luchadores se reúne para continuar la tradición frente a una afición fiel, pero cada vez más pequeña.

El Africano fuera del *ring* en la última lucha de la noche.



Nightman carga en su cuerpo las marcas de casi 40 años en el *ring*. Su tabique está desviado a la derecha, en el costado de su cabeza rapada está la marca de un botellazo, tiene los brazos anchos llenos de pequeñas cicatrices fruto de los combates dentro del cuadrilátero con alambre de púas, y cuando sonrío con malicia o grita de dolor, destaca en su boca la ausencia del colmillo derecho, que se lo tumbaron de un golpe con una silla.

Su estatura está por debajo del promedio de la de los luchadores: no llega a 1,70. Cuando empezó a luchar le dijeron que era demasiado flaco, pero hace tiempo dejó de serlo. En el 2015 le partieron una pierna a los 35 segundos de iniciar una pelea y a los seis meses ya estaba de regreso en el cuadrilátero apostando su máscara. Luego la perdió y desde entonces pelea sin ella. Su voz se dobla al recordar ese día.

—Después de tanto, ¿por qué sigue acá?

—Porque no hay cosa más bacana que la ilusión de estar en la arena.

Habla con el orgullo de quien se considera invencible. La vida le ha demostrado que no lo es, pero parece que aún lo cree. Sus ojos brillan cuando recuerda los abucheos de los

aficionados. En el mundo de la lucha libre hay héroes y villanos, Nightman es de los segundos. Se considera un “rudo”, un tipo de luchador que utiliza artimañas y fuerza bruta para ganar, a diferencia de los “técnicos”, ágiles y respetuosos de las reglas.

Hablamos junto a las escaleras de un centro comercial en el centro de Bogotá. La próxima vez que lo vea será caminando erguido hacia el *ring* mientras suena la banda sonora que acompañaría a un forajido del viejo oeste. Ese día le darán una paliza.

Sábado, diez de la noche. El occidente de Bogotá duerme después de un día de lluvias. En pleno corazón del barrio San Fernando, dos cuadras detrás de la iglesia, un salón comunal es convertido en arena de lucha libre. Desde afuera se escucha la voz de un comentarista que describe golpes y lances; resuenan los gritos, insultos, chiflidos y aplausos del público, y se oye el sonido seco de los cuerpos que impactan contra la colchoneta del *ring*. Mientras más fuerte es el golpe, más ruge la gente como respuesta. Son alrededor de 150 espectadores, sentados en sillas plásticas blancas

Tarántula realiza un vuelo en su combate de parejas.



En el barrio San Fernando, un salón comunal se convierte en arena de lucha libre

Serket en entrenamiento junto a Nightman.



En el público hay niños y abuelos, la lucha se disfruta como una actividad familiar

Los luchadores planean el momento de su entrada.



alrededor del cuadrilátero. A la entrada pagaron 32.000 pesos a cambio de cinco peleas. Encima de la puerta, un cristo cuelga vigilante.

En pleno centro del salón, ineludible a la vista, un *ring* de piso azul y borde rojo se levanta a un metro del suelo. Lo rodean tres cuerdas blandas, gruesas y elásticas que ceden con facilidad contra el peso de los luchadores. No están ahí para delimitar la zona de acción, sino para que los luchadores puedan volar. Cuando un enmascarado está en el suelo y otro se trepa por encima de la tercera cuerda, el público empieza a preparar su ruido. Hay algo de heroico en ese instante de gracia en el que el luchador se eleva por encima de la gente, del *ring* y de su rival. Después impacta contra el otro luchador, carne contra carne, y convierte ese impulso en algo humano: un grito de dolor.

Nightman pelea de cuarto. Su rival es un debutante en el lugar, Astharoth, "El Duque del Infierno". El luchador, 20 centímetros más alto que su contrincante, entra al *ring* con dos gruesas cadenas metálicas colgadas del cuello y las deja colgadas en una esquina. Su máscara, roja brillante, tiene una especie de corona formada por siete cuernos en la parte de arriba. A Nightman la pose de triunfador le dura un suspiro. En su primera acometida, corre hacia Astharoth desde las cuerdas, quien se inclina hacia abajo para recibirlo agarrándolo de las piernas. Cuando ya lo tiene firme, se aprovecha del impulso para levantarlo por detrás de su cabeza, como si no pesara nada, y estrellarlo contra el suelo. De ahí en adelante habrá uno solo en el *ring* y al público no le gusta: empiezan los abucheos.

A los cuatro minutos de pelea, Nightman está en el suelo, sentenciado. En el rincón, las cadenas se mecen como amenaza inminente. Astharoth las toma, camina hacia el centro del *ring* y levanta la mano derecha para dar un azote seco. El público, por primera vez en la noche, queda en un silencio funerario. El árbitro amenaza con parar el combate, lo que da tiempo a Nightman para levantarse. Apenas lo hace, su rival le pasa las cadenas por el cuello, apoya su espalda contra la de él y lo levanta del suelo. El luchador cierra los ojos y aprieta los dientes, las venas de su cabeza se marcan

como cables que no aguantan más tensión. Cuando sus pies ya están varios centímetros por encima del suelo suelta un alarido ahogado. Se detiene el combate y Nightman se retira del *ring* como ganador por descalificación de su rival. Los espectadores abuchean a Astharoth, chiflan y gritan insultos. Él alza las manos, triunfante, y se baña en su desprecio.

Media hora antes de que comiencen las peleas, una docena de niños juegan en el cuadrilátero. Los mayores están cerca de los doce años, y los más pequeños tienen menos de cinco. La lucha se vende como una actividad familiar, en el público hay varios abuelos con sus nietos. Los niños saltan, se agarran, trepan sobre las cuerdas y se lanzan sobre los otros. Rebotan de esquina a esquina y no se quedan quietos, toman como rival indistintamente a quien se les cruce y durante uno o dos minutos se ensañan en agarres y empujones.

En el público hay un payaso. Llegó temprano, brilla por su discordancia y la gente lo saluda al pasar. Se llama Alexander Rodríguez, pero dentro de la Arena San Fernando es el Payaso Tres. Cuando hay lucha, siempre viste traje, corbatín y nariz roja. Cuando sus luchadores favoritos están haciendo “pancracio”, como él le llama a la representación teatral que hacen sobre el *ring*, grita y con un palo golpea una caja de cartón para hacer ruido. La gradería de la arena es su pequeño escenario.

—Cuando fui niño como ellos —dice señalando al público—, vi esto por televisión. Nunca lo pude ver en una arena. Yo acá me estoy dando el permiso de ser un niño, de jugar con ellos e, incluso, con los luchadores. Tenemos la tarea pendiente de encarretarlos a ellos con esto. Nosotros ya somos cuarentones, cincuentones.

—¿Cuál es la razón por la que sigue viniendo acá? —pregunto.

—Porque somos un puñado de Quijotes.

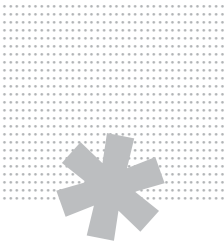
San Victorino, pleno centro de la ciudad. Los comerciantes que tienen locales bajan las enormes puertas metálicas que volverán a abrir la madrugada siguiente. Los que tie-



nen sus puestos en la calle empacan lo que se llevarán a las bodegas y cubren con plásticos lo que dejarán en el lugar. Media docena de jóvenes vigilantes distribuidos por la cuadra permanecerán resistiendo el sueño desde las 6:00 de la tarde hasta las 6:00 de la mañana. En la esquina de la carrera 12 con calle 10 está el centro comercial La Gran Esquina. Los primeros pisos están vacíos. A ambos lados de los pasillos carcelarios solo hay tiendas cerradas con barrotes, detrás de los cuales se pueden ver maniqués, cobijas, camisas, pantalones y vestidos. En el tercer piso, después de subir por una escalera metálica que cruje al caminar por ella, hay veinte luchadores enmascarados practicando cómo caer sin lastimarse.

Los estudiantes de la escuela de la SAW-WAG, una de las pocas promotoras de eventos de lucha libre aún vigentes en la ciudad, entrenan con el Gemelo Halcón II, luchador desde hace 25 años y principal gestor de la compañía. Aún no tienen máscara, están en el proceso de

Gemelo Halcón II
coordina los
entrenamientos
del grupo.



En la lucha libre, la máscara es un elemento clave en la identidad del personaje

Los luchadores observan el entrenamiento.

aprender los fundamentos y encontrar la identidad de sus personajes. La máscara simboliza ese paso, cada diseño es único y refleja algo de su portador. El Halcón, por ejemplo, tiene más de 30, todas con el mismo patrón, pero en diferentes colores.

El entrenamiento empieza a las 6:30 y termina a las 9:00 de la noche. Se reúnen dos veces por semana y todos complementan con rutinas de gimnasio. Primero, calientan con ejercicios de cardio parecidos a una rutina de zumba y, luego, van a la colchoneta. Por turnos ensayan golpes, agarres, llaves y caídas. Buscan la seguridad y el espectáculo, es decir, golpearse de una manera que no produzca lesiones graves, pero que se vea contundente. Los que están fuera del espacio de práctica hacen correcciones o chistes. Después de un movimiento mal ejecutado, uno de ellos dice con ironía: “Lo mejor que ha parido la lucha libre en 80 años”; los demás ríen.

El guía del entrenamiento es Hércules Negro, un panameño de piernas gruesas, barba poblada y palabras escasas. Viene de la conocida “Época Dorada”, cuando miles de personas asistían a la lucha libre todas las semanas. Hércules camina con la lentitud firme de quien sabe cómo moverse, pero a quien el cuerpo no le responde como antes. Habla poco y cecea.

Los demás luchadores lo oyen mientras guardan silencio.

Les pregunto sus razones para estar ahí.

—En este cuento llevo quince años. Es puro fanatismo —dice el Castigador, un luchador rudo y tramposo que entre semana trabaja en atención al cliente.

—Lo que hacemos es que con los gritos y los aplausos la gente desfogue toda la adrenalina que tiene —responde el Gemelo Halcón. El día del combate entrará cantando *Pica que pica*, de Vicente Fernández.

—Amor, pasión. La lucha es algo que te llena a ti. Por más que esto sea rudo, se te mete por los poros —responde Serket, la única mujer del grupo, profesora de preescolar—. Es un baile.

Año 1986. El Palacio Deportivo de Bogotá, en la avenida Caracas con calle 22 Sur, está a reventar. Miles de personas compraron sus boletos para ver al texano imbatido, Mr. Morgan, enfrentarse al “Panameño de Oro”, Hércules Negro. Jack, “el Filipino”, arbitra, y *Superviernes*, un programa de RCN, retransmite la lucha. El enorme estadounidense de 140 kilos se mueve lentamente, aprovechándose de su tamaño para mantenerse en pie ante los envites de Hércules Negro, que corre ágil por el ring lanzando patadas voladoras. Mr. Morgan evita una y amarra a Hércules con una llave de la que, según el narrador, “nadie más ha podido zafarse”. El público se inclina hacia adelante en sus asientos, esperando una sorpresa. Cuando el panameño logra salir de la tijera, la gradería se levanta como un resorte y lo ovaciona con tal fuerza que los aplausos llenan el aire de la arena. Hércules se separa y Morgan corre hacia él, que se agacha para hacer un “trampolín” y aprovecharse del impulso del estadounidense para hacerlo volar sobre él y estamparlo contra el suelo. El público vitorea de nuevo. Cuando parece que Hércules Negro puede ganar, Mr. Morgan le propina un golpe de nocaut en el abdomen. El público queda en silencio, triste. Acaban de ver perder a su ídolo.

Desde principios de los años sesenta hasta finales de los ochenta, la lucha libre vivió en



Colombia una época en la que era capaz de llevar más de diez mil personas por fecha a las arenas. El Palacio Deportivo, la Arena Bogotá y el Coliseo El Campín eran algunos de los lugares en los que se congregaban los fanáticos de viernes a domingo. Hay quienes cuentan que hubo fechas en las que hasta 25.000 personas asistieron a ver lucha en la Plaza de Toros de la Santamaría.

Para 1990, la chispa de la lucha libre empezaba a mermar. Muchos luchadores se fueron del país buscando mejores reflectores. La masificación de la televisión y el auge en la popularidad de otros deportes como el boxeo y el fútbol contribuyeron a que la lucha pasara a segundo plano. Se empezó a hablar más de Willington Ortiz o de Pambelé, que del Tigre Colombiano y del Rayo de Plata. Muchos de los luchadores de hoy fueron niños que en esos tiempos se encantaron con los colores vibrantes, los vuelos, los golpes y la posibilidad de ser héroes anónimos. La lucha libre en Colombia carga con el recuerdo de lo que ya no es.

Al Castigador empieza a complicársele la lucha contra Enigma y parece que va a tener que entregar el cinturón de campeón individual. La fanaticada del lado sur de la arena, que al principio arengaba “¡Vamos, Casti!”, empieza a perder volumen. Rosa, una mujer de pelo blanco y ojos llorosos, continúa sola gritando a destiempo.

La lucha es larga. Durante los primeros minutos, el Castigador, de máscara amarilla brillante, arrastra a Enigma por toda la arena penalizando sus errores con golpes secos. Después, cuando vuelven al *ring*, Enigma logra encadenar varios vuelos contundentes que alientan a su lado de la fanaticada.

Veinte minutos después, con ambos enmascarados cansados, la lucha pierde agilidad. Al final, sin una superioridad clara, se termina definiendo por llaves y arrinconamientos contra las cuerdas. Ya en el suelo el Castigador inmoviliza a Enigma, el árbitro cuenta lento hasta tres —recibiendo en el proceso el insulto de una fanática que le grita “César, pirobo”— y, cuando el agarre se mantiene, da por terminada la pe-



lea. El Castigador continuará con el cinturón, y Rosa, su madre, está feliz de verlo ganar.

—¿A usted no le da miedo cuando ve a su hijo encima del *ring*? —pregunto.

—No, porque lo amo. Siempre lo apoyo en lo que sea, en todas sus locuras. Para mí siempre será mi príncipe. Gane o pierda nunca dejará de ser mi hijo.

Rosa no viene sola, todas las personas sentadas a su alrededor son amigos y familiares. Tras recibir el cinturón por su victoria, el Castigador baja del *ring* hacia esa esquina y levanta en brazos a una niña pequeña con una máscara rosada. Es su sobrina, no debe tener más de tres años. No hay fuegos artificiales, contratos millonarios ni cámaras de televisión. El lunes el campeón volverá a la empresa en la que trabaja y nadie sabrá de su victoria. El Castigador, sudoroso y con la respiración agitada, mira a la niña. El día de entrenamiento dijo que lo que hacía diferente la lucha libre era poder ser lo que alguna vez quiso ser. La niña le devuelve la mirada, quizá sonrío detrás de la máscara, y lo abraza. **DB**

Durante una lucha de la jornada se utilizó pólvora.



Entre los años sesenta y los ochenta, se vivió la época dorada de la lucha libre en Colombia

Niña World Norte de Santander. Aquí empezó todo.

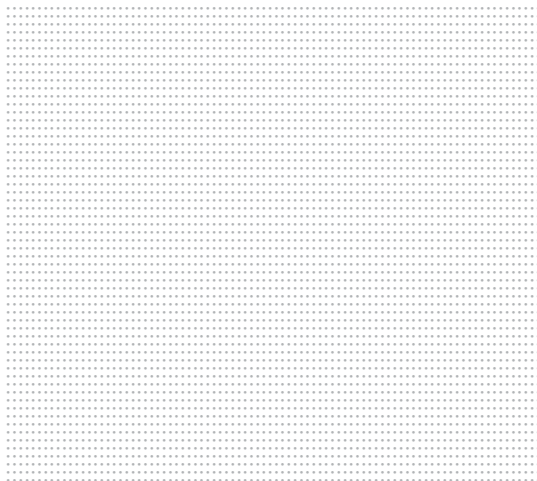


La corona pesa más de lo que brilla

Texto: Saray Juliana Ortega Mendoza
sj.ortega@javeriana.edu.co

Fotos: Saray Juliana Ortega Mendoza
y cortesía de Brayan Peñaranda

Detrás de las coronas y las sonrisas hay una verdad que pocos cuentan. Esta es mi historia: fui reina infantil y, harta del *show*, me alejé sin mirar atrás. Creí haber cerrado ese capítulo, pero años después, Miss Universe apareció en mi pantalla y algo se encendió. Volví al ruedo. El *casting* fue un caos, las críticas llovieron, la presión fue brutal. No todo es color de rosa, pero decidí enfrentar el espejo, con todo y sus grietas.



Siempre dicen que los sueños no mueren, pero el mío estuvo enterrado durante años.

En 2013 fui Niña World Norte de Santander y virreina nacional en Niña Colombia. A los seis años ya conocía los focos cegadores, las cámaras exigentes y las sonrisas fingidas. En ese mundo, ser bonita no bastaba: debía encajar en un molde. Jueces evaluaban mi delgadez, mi piel, mis dientes e, incluso, mis rodillas. Todo era medido, comparado y corregido.

Lo que empezó como un juego se volvió una carga. Un día simplemente lo dije: “Ya no me gusta”. Mis papás, siempre conmigo, no dudaron: “No importa, ya encontrarás algo que te haga feliz”, dijeron.

Y así, sin despedidas melancólicas, me retiré. Dejé atrás los tacones, las coronas y los espejos. O eso creí... Años después, un sábado cualquiera, deslizándome por Instagram, vi el anuncio: “Casting para Miss Universe Norte de Santander 2025”. Lo abrí sin expectativas, pero un detalle me hizo sudar las manos: ese año no pedían estatura mínima y, además, yo acababa de cumplir la mayoría de edad. Se me erizó la piel.

¿Una señal, una coincidencia? Llamé a mi mamá.

—Mami, abrieron el *casting* para Miss Universe y no piden estatura. ¿Qué opinas?

—De una —dijo—. Lo peor que puede pasar es que no quedes.

—Sí... el que piensa, pierde —contesté.

Minutos después, subí mis fotos y un video con imágenes de niña, mis aportes a fundaciones y esa esencia ‘genuina’ que nunca se fue. Al presionar “enviar”, lo supe: no había vuelta atrás. Miss Universe iba a verme. Y, peor aún, yo quizá volvería a verme en ese mundo del que años atrás había huido.

Una semana después, en plena clase, el celular vibró. Número desconocido. Contesté sin muchas expectativas, pensando que era Claro ofreciéndome algún plan.

—¿Saray Mendoza? —preguntó una voz firme.

—Sí...

—Habla Edoardo Maldonado, director de Miss Universe Norte de Santander.

Sentí un vacío en el estómago.

—Mañana es el *casting* presencial. Si no está en las oficinas de Imágenes [una academia de modelos] antes de las nueve, queda por fuera.

Colgó. Me quedé mirando la pantalla, inmóvil. Sin pensarlo, compré el primer vuelo Bogotá-

El día del *casting* para Miss Universe: el regreso inesperado.



En este mundo
aprendí que la
belleza no es
una virtud: es
una mercancía

Cuando el cuerpo habla
lo que la mente calla.

Cúcuta. Metí lo esencial en un bolso y, en la madrugada, ya iba rumbo al aeropuerto. Al aterrizar en el Aeropuerto Camilo Daza, mis papás me esperaban. Mi mamá, con los ojos brillantes, mientras mi papá, en silencio, buscaba en mi cara a la niña que un día sostuvo una corona.

A las ocho en punto llegué a Imágenes. Una señora de ojos verdes y gesto amable nos abrió la puerta. Frente a mí, un mundo de mármol, espejos y estatuas griegas reflejaba cuerpos impecables. En las paredes, las fotos con nombres y estaturas, parecían trofeos: "Adriana Numa, 1,80 m.", "Zamara Yanquén, 1,77 m."... Perdí la cuenta de cuántas superaban el metro setenta.

Me senté en silencio, sintiéndome fuera de lugar. Eran las 9:00 y la sala estaba completamente vacía. A las 9:15, cuando ya el silencio empezaba a pesar, apareció Rocío, la secretaria de Edoardo.

—Edoardo no va a venir —dijo sin rodeos, sin molestarse en suavizar la noticia.

Asentí sin saber bien qué responder. Me limité a sostenerle la mirada, intentando que no

se notara la mezcla de decepción y nervios en mi cara.

—Pero tranquila —añadió con un tono más amable—, yo le ayudo con todo.

Me entregó una hoja con preguntas básicas: nombre, edad, tallas... estatura, ese dato que supuestamente ya no importaba. Mientras escribía, Rocío me miró de reojo y soltó sin mucho tacto:

—Las otras niñas se tomaron medidas ayer. Como usted no vino, le tocará ajustarse a lo que haya.

Ahí supe que estaba en desventaja. Las otras diez mujeres ya se conocían y yo, además de ser la extraña, no tenía nada listo.

Minutos después llegó Fernando, "Fer" para los cercanos. Rubio teñido, barba descuidada y una actitud de diva que se notaba sin que hablara. Su estilo alternativo chocaba con la estética impecable del certamen, pero me relajó. En ese lugar de mujeres perfectas, él también parecía un poco fuera de lugar.

Pasé al salón de ensayo, un espacio blanco, imaculado, que reflejaba cada uno de mis movimientos. Era un salón amplio, sin ventanas, donde las paredes eran espejos que no dejaban escapar ni el más mínimo detalle de lo que sucedía. La música de pasarela sonaba en bucle. Fer me pidió que me pusiera en el centro. Desde el fondo, comenzó a hablar.

Respiré hondo y di el primer paso.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó, mirándome fijo.

—Porque siempre ha sido uno de mis sueños —respondí sin dudar.

Entonces lanzó otra:

—¿Estás dispuesta a cambiar tu aspecto por el reinado?

Guardé silencio, consciente de que la respuesta esperada era un simple "sí". Sin embargo, una inquietud latente me impidió responder de inmediato.

—Depende. Si afecta mi salud, no estoy segura...



Él me miró con una sonrisa que no supe si era de aprobación o simple curiosidad. Yo, en cambio, ya sentía cómo las dudas comenzaban a circular en mi cabeza. Cada pregunta, cada mirada crítica del espejo, me hacía más consciente de la vulnerabilidad que se escondía detrás de esa fachada perfecta que todos esperaban que proyectara.

—Tienes la fortuna de que, hegemónicamente, eres atractiva —dijo examinándome.

Comenzó a rodearme como un técnico calibrando una máquina.

—No creo que necesites cirugía... Aunque tu nariz... Mmmm... no está mal.

Hizo una pausa calculada, inclinando ligeramente la cabeza.

—Debes tonificar un poco —continuó, gesticulando vagamente—. Y broncearte, estás demasiado pálida.

Asentí, comprendiendo que no era una sugerencia, sino un dictamen.

—Ese pantalón no deja ver bien tu figura —añadió con una mueca de desaprobación—. Ten cuidado de no cruzar tanto las piernas al caminar y controla la cadera; si la mueves demasiado, podrías parecer más baja.

Cada palabra suya pesaba sobre mí, recordándome la rigurosa transformación que implicaba el mundo al que intentaba regresar.

Fueron horas intensivas de pasarela, tratando de igualar a esas otras chicas que llevaban meses preparándose. Corregir la postura, sacar el pecho, levantar la barbilla —pero sin exagerar, para no parecer altiva—. Hombros atrás, cola afuera, espalda firme, pasos largos y seguros.

El dolor en las costillas se volvió insoportable. Me colocaron un palo entre los brazos para corregir la postura. Mis pies ardían. Cada músculo suplicaba detenerse. Fer se acercó, observándome con su mirada crítica.

—Sé que estás cansada —susurró—, pero no puedes demostrarlo. Aunque te estés muriendo, el jurado no debe saberlo. Tienes un propósito.

Al finalizar, me acosté en el suelo frío, que ofrecía un leve alivio. Mi cuerpo seguía entumecido, atrapado en la rigidez de la pasarela. Fue entonces cuando Fer, por primera vez, me brindó una pizca de esperanza.

—Tienes algo que muchas otras no poseen. La pasarela se mejora, el cuerpo se puede operar, pero el cerebro... El cerebro no. Puedes ser una gran contrincante.

Acostada, esas palabras aligeraron un poco mi carga. Tal vez no estaba tan fuera de lugar.

De repente, Rocío irrumpió en la sala, cortando mis pensamientos de golpe.

—En 30 minutos debes estar en el salón de belleza. No dejes que lo que te digan te haga sentir menos.

Esa advertencia me inquietó más que cualquier crítica.

Antes de salir, Fer me apartó.

—Tienes que llegar impactante. Ellas ya se conocen, tú eres la nueva.

Me prestó unas gafas y un bolso, pero advirtió:

—Nadie debe saber que fui yo.

Salí con la cabeza en alto. La competencia real había comenzado.

Al cruzar la puerta, sonreí con seguridad. Todas vestíamos de negro y tenis blancos: la uniformidad delataba nuestro rol de candidatas.

—¿Eres una de las participantes? —preguntó una joven pelirroja entusiasmada.

—Sí —respondí, intentando igualar su tono.

Me llevó a la zona de lavado. Sentía las miradas: algunas curiosas, otras filosas. Me senté. Al poco tiempo apareció un joven de aspecto profesional.

—Hola, soy Christian. ¿Sabes qué quieres?

Como no tenía mucha idea, fui honesta:

—Confío en ti, solo que prefiero algo discreto.

Christian sonrió y comenzó su magia. Charlamos. Tenía 29 años y más de 15 como maquillador. Amaba su trabajo, aunque mencionó ciertos roces con una colega que le cogía el maquillaje sin permiso.

La sonrisa más
brillante puede
esconder
una ansiedad
insoponible



Me delineó las cejas —algo que siempre me incomodó— y luego, aplicó unas pestañas postizas ENORMES, parecían abanicos. Al abrir los ojos, apenas podía ver; los párpados me pesaban y sentía que, al pestañear, iba a salir volando.

—Para ser bella hay que ver estrellas —bromeó.

Sonreí, aunque por dentro me preguntaba por qué la belleza debía implicar tanta incomodidad.

Pasaban otras chicas. Me miraban de reojo. Algunas, con descaro. Me sentía fuera de lugar.

Christian me dio los últimos retoques y me tomó una foto. Debíamos crear contenido para redes. Me senté a observar. Todas parecían sacadas de una revista: piernas largas, cuellos esbeltos. Yo, con tacones, apenas medio alcanzaba su estatura.

Luego nos llevaron a Unicentro para el *casting* y, en los camerinos, nos advirtieron: “Tienen cinco minutos para estar listas”.

La presión era real. En ropa interior, todas nos cambiamos a mil. No hay pudor en este mundo, solo eficiencia.

Y así, una a una, salimos. Llegó mi turno.

Las luces me ciegan. Sonrío. Aprieto los dientes con sutileza, sin dejar que la tensión asome. Mis piernas tiemblan, pero nadie debe notarlo. Respiro hondo, fingiendo una seguridad que quizá no tengo. Siento el pantalón ceñirse a mis pasos, la camisa verde rozando mi piel. Tacones. Uno, dos, tres. Me concentro.

Me detengo en el punto exacto. “Mil uno, mil dos, mil tres”... La pausa es breve. No pienso, solo poso. Sonrío, saludo al público con un gesto automático. Evito mirar a los jurados. Doy la vuelta: no perfecta, pero ya no hay marcha atrás. Me duelen los pies. La sonrisa se mantiene, firme como una máscara. Espalda recta, barbilla alta.

El regreso es corto, o el tiempo simplemente se disuelve. Bajo de la pasarela. Respiro. No sé si lo hice bien, pero esos 60 segundos lo fueron todo. Una versión distinta de mí.

Rápido, cambio de vestuario. Me pasan el vestido. Es largo, demasiado, pero no hay tiempo para detalles. Algunas chicas se retocan, otras conversan. Esperamos por una presentación musical.

—A mí me tocó la cuatro —dice una.

—A mí la ocho —responde otra.

—¿Cómo así? —pregunto.

—Las preguntas. Nos las dieron hace dos semanas.

Me paralizó. Busco a Red, el organizador.

—¡Uy, sí! Se me olvidó dártela. Te toca la cinco —dice sin más.

La leo: “¿Qué es la resiliencia en el siglo XXI?”.

Las palabras se escurren. No hay tiempo.

—¡A sus posiciones!

Avanzamos en fila. Yo, sin saber cómo, soy la última. Acomodo el vestido y respiro. Desfilamos y formamos una U. Quedo de primera. Sonríe, mantengo la postura. La espalda tensa, la barbilla alzada. La mirada vaga por el público sin anclarse en nadie.

Empiezan a llamar.

—Alexa.

Su voz tiembla. Melanie se ríe nerviosa antes de responder. Nosotras sonreímos, como si ese gesto pudiera darle coraje.

Entonces me llaman.

—Buenas noches, Norte de Santander —digo con firmeza.

Edna Márquez, la presentadora, me mira con su sonrisa impecable.

—¿Cómo estás esta noche, reina?

—Bien, emocionada por estar aquí.

No hay más preámbulos. Sin darme espacio para respirar, lanza la pregunta:

—¿Qué significa para ti ser resiliente en pleno siglo XXI?

El silencio se alarga un milisegundo más de lo debido. Respiro hondo. Respondo que ser resiliente en este siglo es tener la capacidad de adaptarse a las adversidades con convicción y que, para mí, el mayor ejemplo de resiliencia en nuestro departamento son los catatumberos, que desde hace meses han tenido que dejar sus hogares. Digo que ellos representan la verdadera resiliencia.

No sé si mi respuesta fue buena. No sé si era lo que esperaban. El vértigo me sacude. ¿Qué acabo de decir? Mi mente se queda en blanco.

Las otras candidatas siguen hablando, pero ya no las escucho. Sigo sonriendo, fingiendo perfección, mientras el ardor sube por mis pies, el dolor me punza la espalda y la tela del vestido me asfixia. No puedo demostrarlo. Aquí, nada debe moverse fuera de su lugar. Quiero gritar. Entonces podemos irnos.

Hacemos el último desfile. Luego vienen las fotos con nuestras familias. Mis papás me abrazan con entusiasmo.

—Lo hiciste superbién —dicen, y sonrío.

Poso con el equipo y con las otras chicas. El cansancio es un lenguaje compartido. De regreso en el camerino, el aire cambia. Algunas se quitan los tacones de inmediato. Otras se quedan en silencio, con la mirada perdida. Tal vez pensando en lo que salió mal. Porque aquí la competencia no es solo contra las demás, sino contra sí misma.

Desde ese momento, mi rutina cambia por completo. La universidad y el reinado se convierten en dos relojes distintos, cada uno reclamando su parte de mí.

Viajo entre ciudades. Arrastro maletas, acumulo estrés.

Por la mañana, clases. Por la tarde, pasarela. En la noche, oratoria virtual. Y, al final, gimnasio.



Me descubrí
intentando
encajar en
un molde que
nunca fue
hecho para mí

Fuerza que no se
maquilla, se entrena.

W

Algunas coronas no se llevan en la cabeza, sino en la forma en que resistimos

Un segundo, una pregunta, mil pensamientos.

A veces llego tan agotada que solo quiero dormir. Pero el reinado no admite cansancio.

La alimentación, en teoría, debería mejorar. Pero ocurre lo contrario. Me salto comidas. No puedo comer azúcar, pero la ansiedad me empuja a devorarla a escondidas. Mi cabello comienza a caer en mechones. Los tacones de 15 centímetros ya no bastan: ahora deben ser de 17 y con plataforma.

Las sesiones de fotos se vuelven un campo minado: cada pose, cada sombra, cada músculo, cada gesto debe ser perfecto. Nada puede desentonar. Nada puede temblar.

Nunca tuve problemas con mi imagen. Siempre me consideré mentalmente fuerte. Pero hay un límite en el que los comentarios comienzan a pesar. Un punto en el que cuesta mirarse al espejo sin encontrar algo que corregir, ajustar, pulir, perfeccionar. En este mundo, puedes dar discursos sobre empoderamiento, puedes fingir mil sonrisas, pero terminas cuestionándotelo todo. El cuerpo deja de ser un hogar. Se convierte en una herramienta. Un instrumento que hay que moldear al gusto de otros.

Fue una de esas noches en las que no podía más, después de otro ensayo extenuante, con los pies hinchados, la espalda contracturada



y el corazón hecho trizas por algún comentario malintencionado, cuando decidí escribirle a ella. A Adriana. La ex Miss Universe Norte de Santander. La que alguna vez acarició la corona nacional quedando como virreina.

No pensé que respondería. Solo le dije: "Hola, soy candidata este año. Me preguntaba si tenías un rato para vernos. Siento que necesito hablar con alguien que realmente entienda lo que es esto".

Horas después, me llegó su mensaje. Corto, directo: "Hola, claro que sí. ¿Un café mañana?".

Nos encontramos en un lugar sencillo, sin brillo ni poses. Adriana llegó sin maquillaje, con el cabello recogido en un moño improvisado, pero su presencia imponía. No por su título, sino por la honestidad en sus ojos.

—Yo también pensé que podía con todo —me dijo después de escucharme un rato—. Que era fuerte, que nada me iba a quebrar. Pero estar ahí es otra cosa. Es vivir bajo una lupa que te juzga hasta por respirar.

Me habló sin filtros. Me contó que lloraba a escondidas en los camerinos, que su piel explotó en acné por el estrés, que su cabello se caía por mechones, igual que me estaba pasando en ese momento. Que llegó a desmayarse en una clase porque llevaba más de 24 horas sin comer. Que la sonrisa más brillante puede esconder una ansiedad insoportable.

—Lo más duro no es lo que te dicen los demás —continuó—, es lo que terminas diciéndote tú cuando te miras al espejo y ya no te reconoces. Cuando tu cuerpo deja de ser tuyo y se convierte en una vitrina que todo el mundo cree tener derecho a evaluar.

Yo asentí en silencio porque en sus palabras se colaban mis propias heridas.

—No dejes que esto te rompa —me dijo, antes de despedirse—. No vale la pena perderse por encajar. No vinimos al mundo para ser medidas con una cinta métrica.

Ese día entendí que algunas coronas no se llevan en la cabeza, sino en la forma en que resistimos. Que entre tantas luces falsas, hay

mujeres que deciden alumbrar con la verdad. Y que, a veces, todo lo que necesitas para no rendirte es que alguien que ya pasó por ahí, te tome la mano y te diga: “También estuve en tu lugar, y aquí sigo de pie”.

Así entendí, que el acompañamiento psicológico es fundamental y, sin embargo, corre por cuenta propia. Porque, claro, a los organizadores poco les importa la salud mental. Aquí debes ser fuerte, sin excusas. Si no lo eres, solo serás una oveja en medio de lobos hambrientos.

Una va enterándose de las cosas. Algunas son demasiado obvias. Las concursantes sabemos quiénes tienen más posibilidades, a quién hay que vigilar de cerca. La hipocresía es infinita: te sonrías de frente, pero apenas das la espalda, hablan mal de ti. Un día, durante un ensayo en Cúcuta, escuché a dos chicas hablar. Yo estaba en el baño.

—Ella es linda, pero no es material de reina —decía una.

—No es su culpa, simplemente no nació con la altura correcta —respondió la otra, con falsa compasión.

Las mismas que hablaban mal de mí a mis espaldas eran luego blanco de críticas aún más crueles cuando se daban la vuelta. Detrás de cada “¡eres hermosa!” que escuchaba en los pasillos, se escondía una lista mental de defectos, anotados con frialdad por entrenadores que moldeaban nuestros cuerpos como si fueran esculturas del deseo ajeno. En este mundo —aprendí pronto— la belleza no es una virtud: es una mercancía. Los patrocinadores compran perfección, los jueces negocian favores y la corona, muchas veces, ya tiene dueña antes de que suene el último aplauso.

Entre nosotras, circulaba en voz baja un rumor inevitable: que Miss Simpatía —ese título que decidí otorgarle a una de las participantes por su carisma brillante, aunque algo ensayado— ya había asegurado su lugar. Se decía que pagó alrededor de 200 millones de pesos. Era difícil volver a mirarla sin preguntarme qué tanto de su dulzura era auténtico y cuánto obedecía a una estrategia bien financiada. Pero en este mundo, incluso la simpatía puede tener precio.

Con el tiempo, los favoritismos dejaron de disimularse. Algunas comenzaban a brillar más, no necesariamente por su talento, sino porque habían invertido más: pagando a los patrocinadores, aumentando su presencia en redes, ganando más minutos frente a las cámaras y recibiendo más atención de los preparadores. El trato preferencial se volvía casi natural, como si algunas estuvieran destinadas a ganar, y otras, simplemente, a aplaudir desde la sombra. Dicen que la competencia es justa, pero en este mundo, la justicia también lleva maquillaje, pestañas postizas y contratos ocultos.

Y yo... Me descubrí intentando encajar en un molde que nunca fue hecho para mí. En medio de los flashes, del murmullo constante, de las miradas que juzgaban antes de conocerme, entendí que este concurso no era solo una pasarela: era un espejo. Uno que muchas veces no reflejaba lo que realmente soy, sino lo que esperaban que fuera. Ese reflejo me dolía. Me hacía dudar. Pero también me empujó a mirarme con más honestidad.

Aprendí que la belleza no se define por estándares, ni por vestidos costosos, ni por sonrisas pulidas. Descubrí que ser auténtica, incluso cuando eso te deja fuera del foco, tiene un valor silencioso. Un valor que nadie premia, pero que pesa mucho cuando te vas a dormir sabiendo que no traicionaste quién eres.

No gané. Y eso está bien. Porque, en realidad, me llevé otra forma de triunfo: aprendí a cuestionar, a mirar sin filtros, a reconocer las grietas del sistema desde adentro. Esta experiencia me mostró mucho más de lo que esperaba, y no siempre de la manera más amable. Me enfrenté con mis propias inseguridades, con mi necesidad de agradar, pero también con la fuerza que no sabía que tenía para resistir sin rendirme.

Al final, aunque no me llevé la corona, me llevé las preguntas correctas. Y también una certeza: en un mundo que te exige transformarte para ser aceptada, resistir siendo tú misma también es una forma de victoria. Para este punto, ya lo entendí. Aunque haya sido solo por un instante, yo también conquisté el universo. 



En este mundo, la
justicia también
lleva maquillaje,
pestañas postizas
y contratos
ocultos





El *ballet*: la perfección del cuerpo

Texto y fotografías: Manuela Cabezas Gómez
mcabzasg@javeriana.edu.co

El *ballet* desafía la naturaleza del cuerpo humano: la gravedad empuja hacia abajo, pero las bailarinas van hacia arriba en sus puntas, arquean la espalda hasta lo imposible y estiran cada músculo más allá del límite. Implica sangre, lesiones y un dolor constante disfrazado de gracia, pues a los ojos del público son escultura de perfección.

Desde la puerta del camerino, el olor a Vol-taren ya es notable. Es un olor ácido, medicinal, que se adhiere a la piel y traspasa las mallas de las bailarinas de *ballet*. Para ellas es un recordatorio de sus músculos castigados y sus articulaciones inflamadas. Regadas por el piso, unas bailarinas se masajean las piernas, algunas con las manos y otras con unos rollos que pasan fuertemente por su cuerpo, como si intentaran aliviar la fatiga de años de disciplina. Empieza a oler también a laca y gel, algunas se tapan la nariz porque el olor es fuerte, pero no pueden darse el lujo de entrar con un pelo suelto a la clase.

Y ahí están ellas, en la academia y compañía Ballet Tosín, en la 109 con carrera séptima, en una casa escondida entre unas rejas negras. Parece una simple casa de ladrillo, pero al entrar se encuentra una recepción repleta de trofeos, medallas y di-

plomas obtenidos en competencias y festivales nacionales e internacionales. También, un par de sofás donde los padres esperan a sus pequeñas hijas, que empiezan a bailar desde los cuatro años, y salen con los cachetes colorados de clase.

Al lado izquierdo de la recepción, la puerta blanca del salón está cerrada, pero se escucha la música de la clase. Al lado derecho está el camerino de donde emanar los olores. En las paredes hay varias fotos de bailarinas en poses antinaturales, probablemente esas que les

causan los dolores: piernas tan flexibles que logran abrirse en una línea recta, empeines y columnas que forman medialunas y todas paradas en las puntas de sus pies, en equilibrio.

Cuando la directora de la compañía, Liana Tosín, abre la puerta del salón, todas guardan sus implementos y cremas y se ponen sus zapatillas de media punta para entrar corriendo al salón. Cada una, antes de salir, se mira por un segundo en el espejo; algunas ven sus zapatillas tan desgastadas como sus piernas y pies, como si supieran que el cuerpo, además de ser



La vida y
el ballet a
veces tienen
tiempos
distintos

Laura Mei sostiene
un *arabesque* con
gracia y precisión.

El cuerpo
es tanto un
templo como
un campo
de batalla

su instrumento máspreciado, es tanto templo como campo de batalla. Pero en realidad todas se aseguran de que en medio de todo el dolor y el desgaste, se vean perfectas, como si el *ballet* en realidad fuera fácil.

Se llama Liana Tosín y es la maestra

La maestra tiene alrededor de 60 años, pero dice que “no es adecuado decir la edad”. No es tan alta, tiene el pelo corto pintado de castaño, es delgada y elegante, se nota que ha bailado toda la vida. Siempre usa un saco negro con el logo de su academia y un *leggin* gris.

Tosín espera a las bailarinas de la compañía parada entre la recepción y el salón. Les dice “apúrense” unas cuatro veces seguidas, mientras todas entran corriendo con pasitos muy cortos en las puntas de sus pies. Ya con todas adentro, cierra la puerta. La menor de la compañía tiene 16 años, y la mayor, alrededor de 40.

—Pongan las barras y acomódense —dice la maestra mientras se sienta en su escritorio, donde hay una grabadora negra, para buscar el disco con el que dictará la clase.

—Sí, señora —le responden al unísono, sin perder un solo segundo para hacer lo que la maestra les dijo. Mientras tanto, ella pone el disco en la grabadora y sube el volumen a 30.

Liana tiene más de 40 años de experiencia como maestra y otros más como bailarina. “Bailo desde que tengo cuatro años, aquí en la academia. Mi madre era mi maestra, ella fundó la academia. Pero mi pasión por la enseñanza empezó cuando mi madre me pedía que dictara por ella las clases de las chiquitas”, dice.

Todas las bailarinas entienden los ejercicios que ella dicta solo con la terminología que saben de memoria, pero a la maestra le gusta pararse a mostrárselos, como si aún pudieran bailar. Algunos ejercicios los muestra con dificultad, pues después de atravesar dos reemplazos de cadera, por lo mucho que ha

bailado en su vida, ahora le cuesta hacer algunas cosas.

—Los médicos me dicen que no debería moverme tanto —afirma la maestra.

—Y, entonces, ¿por qué se para a demostrar los ejercicios? —pregunto.

—Es que a mí no me duele, y así es como dicto las clases, es natural —responde.

Cuando se para de la silla cojea un poco mientras acomoda su cadera para caminar. Todas se mueven para darle espacio a la maestra en la barra, y en el momento en el que ella pone una mano, la rotación de sus manos y de sus pies es perfecta. De vez en cuando empieza a dar vueltas por el salón para poder ver a sus bailarinas de cerca y corregirlas.

En los *développé* se acerca a aquellas a las que más les cuesta subir la pierna y sostenerla en el aire a más de 90°; les coge la pierna y la empuja hasta formar uno de 180° y les dice “fuerza”, para que se mantengan ahí. O en el *souplesse*, que consiste en doblar el tronco hacia adelante o hacia atrás, la maestra empuja la espalda de las bailarinas para que se doblen lo que más puedan. Después de tantos años, ella más que nadie sabe lo malagradecido que puede ser el cuerpo si no se trabaja.

Se llama Camila, y cuando dobla la espalda logra juntar sus piernas con su cabeza

Camila no recuerda su vida sin *ballet*. “Empecé cuando era apenas una niña de jardín infantil, antes de entender siquiera lo que significaba la disciplina”, dice la bailarina. Después construyó sus bases, aprendió a sostener el equilibrio, a girar sin marearse, a entender que su cuerpo podía hacer cosas que parecían imposibles. Es una bailarina muy completa. Ahora, “el *ballet* no es solo parte de mi rutina, sino de mi esencia”, afirma.

Con sus 18 años, también es estudiante de ingeniería industrial, y aunque es de las más bajitas de la compañía, no se queda atrás en nada. Tiene el pelo negro y muy largo, pero con la moña casi no se nota. Cuando la maestra abre

la puerta del salón, ella es la primera en correr para coger la barra lo más adelante posible. Se empieza a estirar bruscamente antes de que suene la música de inicio, estira sus piernas, se para en sus puntas y dobla su espalda. Durante la clase se observa mucho en el espejo, pone cara de desagrado cuando no le sale un paso y no se queda quieta ni un segundo.

Cuando dobla la espalda en un *souplesse* o en un *attitude* hacia atrás —que consiste en sostenerse sobre una pierna mientras la otra se levanta y se dobla hacia la cabeza— parece romper las reglas del cuerpo. Su columna cede con una facilidad casi irreal, hasta que su cabeza se encuentra con sus piernas y forma una circunferencia. Es una imagen que desafía la lógica, su columna parece de caucho. No todos pueden hacerlo, y aunque el *ballet* exige mucho de todos los cuerpos, el suyo ha aprendido a moverse con una elasticidad casi sobrenatural.

“No sé si algún día llegaré a las mejores compañías del mundo, no por falta de pasión, sino por falta de tiempo, ya estoy muy grande”, dice Camila. La vida y el *ballet* a veces tienen tiempos distintos, pero aun así, no piensa dejar de bailar y es evidente en lo autoexigente que es. Ella dice que quiere alcanzar un nivel profesional: “Así, si un día decido presentarme a alguna audición, mi cuerpo y mi técnica estarán listas”.

Al finalizar la clase, a las 8:30 p. m., todas salen a sus casas, pues ya es tarde, pero Camila se queda unos minutos más en el salón. Empieza a practicar sus variaciones y los pasos en los que más se quiere destacar. Mientras todas terminan agotadas, ella quisiera hacer más. Pero cuando ya la maestra apaga las luces del salón, casi a la fuerza, Camila sale a darle descanso a su cuerpo después de casi tres horas de baile.

Se llama Laura Mei, y el empeine de sus pies logra hacer un medio círculo perfecto

Al empezar la clase con la maestra Tosín, Laura Mei se pone en la punta de sus pies: el arco de su empeine dibuja una medialuna, como si



la línea de su pie continuara la curvatura de su pierna sin interrupción. No es solo una cualidad estética; ese empeine le da una facilidad sorprendente para sostener sus piernas en el aire más tiempo que el resto de las niñas. Y a pesar de ser bajita, parada en lo que la maestra llama “la media punta más alta de la clase”, se ve con las piernas más largas que sus compañeras que miden un 1,80.

El único problema con la hiperlaxitud de sus pies es que, al no ser tan rígidos, le cuesta mantenerse en los giros y en equilibrio; es de las más propensas a sufrir lesiones y caídas. Cuando llega el ejercicio de los giros, arruga los ojos, aprieta los labios y se lanza a dar vueltas, pues sus pies se doblan tanto, que sus giros parecen tener problemas de inestabilidad, como si estuviera despegando un cohete en diagonal e intentara luchar contra las fuerzas de la naturaleza para hacer giros fuera de un eje central.

Ella es la menor de la compañía: solo tiene 16 años y es estudiante de bachillerato. Empezó a bailar a los 6, cuando todavía no sabía po-

Camila se entrega a un profundo *cambré* hacia atrás.

Valerie se extiende en un *spagat* con admirable soltura.



Ella, más que nadie, sabe lo malagradecido que puede ser el cuerpo si no se trabaja

ner en palabras lo que sentía al ver el *ballet*. “El *ballet* siempre me pareció hermoso, cada movimiento tiene algo mágico”, dice Laura Mei al pensar en su primer acercamiento al *ballet*. Y es que los bailarines parecen flotar en un mundo que no obedece las reglas de la realidad, no obedece a la naturaleza misma. Y ya en el centro del salón, sin las barras, ella parece una de esas bailarinas que antes veía bailar mágicamente; es casi imposible pararse en una parte tan delgada de los dedos y bailar como ella lo hace.

Esos empeines curvos son más que algo técnico, “para mí son un refugio, es mi fuerte”, dice la bailarina. En cada ensayo, parece que su tiempo se detiene y que solo existen la música y sus virtuosos pies. Aprovecha su talento al máximo. Laura Mei dice: “No sé si tendré una carrera en esto”, pero la maestra Liana le recuerda constantemente que sus condiciones físicas son casi un milagro para las personas que sueñan con bailar profesionalmente.

Cuando la clase con la compañía termina y el salón queda en silencio, Laura Mei se sienta en el camerino, con las piernas extendidas, estirando sus pies cuyos dedos alcanzan a tocar el piso. Pone cara de dolor y de cansancio, pero ese es el esfuerzo que se hace al estar en una compañía de *ballet*.

Se llama Valerie, y sus piernas suben hasta lograr un ángulo de 180°

Valerie llegó tarde al *ballet*, o al menos eso pensaba. A los 20 años, cuando la mayoría de las bailarinas ya llevaban más de una década entrenando, ella dio su primer paso en un salón de clases. Hoy tiene 26 años y además del *ballet* trabaja en una empresa de cobranza. “Cuando empecé, buscaba un *hobbie*, una disciplina que me desafiara, que fortaleciera mi mente y, al mismo tiempo, me diera una línea elegante”, dice Valerie. Lo que no esperaba era

descubrir que su cuerpo tenía una facilidad natural para ciertas cosas, además de que su disciplina la impulsaba a ser mejor.

Mientras la mayoría de las integrantes de la compañía llegan a las clases sobre el tiempo o, incluso tarde, Valerie llega 20 minutos antes. En el camerino, luego de embalsamarse de cremas que alivian el dolor, calienta y estira más que todas. Trae bandas de caucho y bloques en los que pone sus piernas para hacer una sobreextensión.

Valerie entra al salón un poco tímida y se hace en las barras del fondo porque ella sabe que la competencia ahí es con ella misma. Mientras otras luchan para estirar las piernas más allá de los 90°, las de Valerie se elevan en la clase con una soltura asombrosa hasta alcanzar un ángulo perfecto de 180°, que algún día quiere superar.

Se nota en la sonrisa que mantiene durante toda la clase, que el *ballet* dejó de ser solo un pasatiempo. Ella dice que es su "escape del estrés diario, se convirtió en un espacio donde puedo expresarme sin palabras". Aunque al hablar es introvertida, en el salón de clases se transforma. En cada paso que hace, con sus largas piernas y su peinado francés, se ve muy segura de sí misma.

Valerie se para frente al espejo y eleva la pierna hasta formar una línea perfecta con su torso. "Nunca pienso en el tiempo perdido ni en lo tarde que empecé, me siento muy cómoda", afirma la bailarina. Solo siente la música y la certeza de que, sin importar cuándo comenzó, el *ballet* siempre había estado esperándola.

Se llama Ana María, y puede estar en las puntas de sus pies como si alguien la sostuviera

Ana María desafía la gravedad. Además de bailarina, es estudiante de derecho. Con 19 años, su pelo mono y sus 1,70 metros de estatura, cuando se para en las puntas, se sostiene con una ligereza que parece imposible. Mientras todo cae, ella se eleva. Su equilibrio perfecto no es solo técnica, es control absoluto de su cuerpo.

Llega tarde a clase, siempre a la barra de atrás. Desde los primeros *pliés* hasta los *grands battements*, vive cada ejercicio, conectando mente y cuerpo de una manera casi intuitiva. Aunque no tiene hiperlaxitud en los pies, después de quince años de bailar *ballet* su media punta es muy alta e igual así se sostiene como un pajarito posado sobre un árbol.

El *ballet* le ha enseñado sobre sus límites, sobre lo que es capaz de hacer. "Ha sido difícil, exigente, pero nunca he querido dejarlo, quiero bailar siempre, yo no soy yo sin el *ballet*", dice. Ahora sueña con ir a Budapest, y por ellos se presentó para estudiar danza allá. Le gustaría "probarse en un nuevo escenario, absorber otra cultura y seguir bailando". Le gustaría compartir esta pasión con las futuras generaciones de su familia, quiere "ver a las hijas que tenga moverse con la misma libertad que yo encontré en el *ballet*".

Y todo eso sueña Ana María mientras se ve en el espejo bailar. En los ejercicios del centro es la que más se puede mantener en las puntas. Es evidente que sus tobillos han entrenado, son muy fuertes. Sube a las puntas con precisión y se queda quieta, no se mueve ni medio centímetro, como si le fueran a tomar una foto. Y al finalizar la clase se quita las zapatillas y deja a sus pies 'respirar', pues al otro día tienen que volver a bailar.

Ana María mantiene el equilibrio perfecto en un *arabesque*.



Las estudiantes de Ballet Tosín trabajan el *cou-de-pied* con concentración.



Se llama Saritah, y con su expresión conquista al público

Aunque pase inadvertida en el *ballet*, la cara hace parte del cuerpo y se usa en esta disciplina. Desde los seis años, Saritah ha vivido entre espejos altos y pisos de madera que crujen bajo sus zapatillas. Siempre va a clase con peinados perfectos y elaborados que resaltan su pelo castaño. Su cara es definida, siempre tiene una sonrisa y sus facciones son finas.

A sus 17 años, el *ballet* no es solo una actividad que llena sus tardes: “Es parte de mí, es una disciplina que ha moldeado mi cuerpo y mi carácter”, dice. Su presencia en la clase transmite limpieza y precisión, las mismas virtudes con las que moldea cada movimiento. No es la más alta de la clase ni la más flexible, pero cuando baila es imposible no mirarla.

Desde la barra que elige, la más cercana a la maestra, es evidente que se quiere hacer notar con su cara y sus brazos estirados. Puede transmitir emociones con cada gesto y con cada movimiento que parece brotar desde lo más profundo de su ser. En el *adagio*, una serie de movimientos lentos y controlados, su expresión se llena de melancolía; cuando el ejercicio

es el *allegro*, movimientos rápidos acompañados por saltos, su sonrisa ilumina el salón.

El movimiento de la cabeza es fundamental en esta disciplina. Cada posición de brazo, cuerpo y piernas tiene una posición de cabeza correspondiente, y Saritah las hace perfectas. No se conforma con repetir mecánicamente los movimientos: hace parecer que los siente de verdad con el buen uso que le da a su cabeza.

Cada ejercicio de las clases de *ballet* tiene una preparación. En este caso, Liana indica una quinta posición para iniciar: los pies están juntos, con el talón de un pie contra la punta del otro. Saritah está quieta en su preparación, y cuando la música empieza a sonar, lleva su brazo derecho de abajo hacia arriba, hasta la altura del pecho, mientras su cabeza sigue el movimiento de la mano.

“No sé exactamente hasta dónde me llevará el *ballet*, pero quiero seguir formándome, creciendo como artista”, afirma la bailarina. Es posible imaginarla, con su pelo castaño claro, los ojos grandes y las pestañas crespas, vestida de cisne blanco. Moviendo los brazos y la cabeza en perfecta armonía mientras el público la observa, cautivados por la perfección del cuerpo de una bailarina en escena. **DB**

El ballet nació en Italia, durante el Renacimiento



Santiago Gamboa, el otro Ulises

Texto: Sofía Lizarazo Sequera
sofiaa.lizarazos@javeriana.edu.co

Santiago Gamboa es uno de los escritores más reconocidos de la literatura colombiana. Él, un trashumante y hábil narrador, suele contar historias que desbordan las fronteras, con personajes que migran y que exponen la complejidad de la vida, a través de una escritura tan cuidada como lúcida. Retrato de un autor que está en permanente movimiento.

Él no conoce de raíces. No porque no las tenga, sino porque las ha desdibujado con cada paso, con cada aduana traspasada, con cada paisaje, incrustando sus pies en las culturas del mundo, en los rasgos diferentes. Bogotá, París, Madrid, Roma, Pekín. Ciudades que han sido suyas por temporadas y luego han quedado atrás, como postales en la memoria. Viaja ligero, pero lleva consigo todo lo que ha visto, todo lo que ha leído, todo lo que ha escrito. Su literatura es un testimonio de tránsito, de personas que, como él, habitan en la fisura que existe entre la pertenencia y el exilio.



El viaje es mi forma de entender el mundo

Santiago Gamboa

El escritor bogotano es uno de los referentes de la literatura contemporánea en el país.

Desde Pekín, ciudad donde los callejones estrechos aún guardan el eco de antiguas dinastías y las bibliotecas se alzan como refugios silenciosos entre el ruido, él responde. Vive junto a una de esas bibliotecas, y dice que a veces basta con pasar frente, tomar un libro al alzar y leer unas cuantas páginas para que las palabras lo empiecen a buscar. Al otro lado de la pantalla, se escucha la voz de alguien que transmite calma, como quien ha aprendido a escuchar antes de hablar. No se precipita. Asiente tras el ritmo pausado de su respiración antes de responder, como si desmenuzara las palabras en su cabeza antes de liberarlas.

Esa capacidad de pausa también estuvo presente en sus decisiones más personales. Se presentó a tres universidades: Andes, Javeriana y Nacional. Descartó pronto esta última al descubrir que no ofrecía la carrera que buscaba, tenía Filosofía, pero no Filosofía y Letras, como quería. Fue admitido en las dos primeras, pero su decisión final fue cursar su carrera en la Javeriana.

Cuenta sus vivencias universitarias en un tono melancólico, como aquel que habla de un lugar o una persona que ya no está, pero que en su momento apreció. No solo fue un tiempo de formación como escritor, también lo fue de

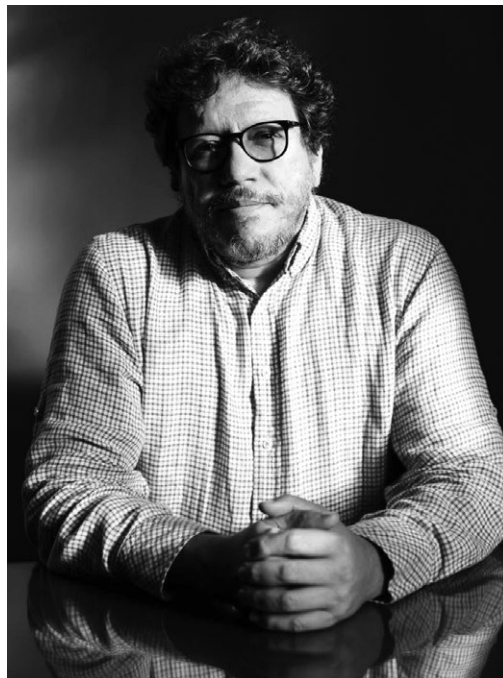
descubrimientos que cimentarían su crecimiento profesional y humano. En esa etapa se reencontró con Mario Mendoza, amigo de la infancia y compañero del Colegio Refous. “Nos sentábamos juntos en el bus del colegio, hablábamos de literatura. Mario era un joven que se juntaba con los bandidos, los malos del curso, pero él era distinto, el más juicioso de todos”, recuerda Gamboa.

Mario terminó el colegio un año antes que Santiago y comenzó a estudiar medicina en la Universidad Nacional. “Cuando llegué a la universidad, me lo encontré y le pregunté: ‘¿Usted qué hace aquí?’. Me dijo: ‘Hice un año de medicina, me aburrí y me metí a estudiar literatura’”. Desde entonces se volvieron inseparables: Santiago con 17 años, Mario con 18. Caminaban por las calles de Bogotá, compartían lecturas, sueños y la certeza de que ambos querían escribir. Mario comenzó pronto a escribir poesía, pero Santiago, más inclinado por las novelas, confiesa que se tomó más tiempo para iniciar. Desde entonces han construido una amistad sostenida por el afecto, el respeto y la lealtad: “Siempre ha sido una gran amistad, sin envidias ni celos, así desde que tenemos 17 años”.

Gamboa no es un hombre de rutinas estrictas ni de fuentes de inspiración. “Para mí, la inspiración no existe”, afirma con claridad. Cree que lo esencial es sentarse a trabajar el mayor tiempo posible: disciplina, más que revelación. Si bien reconoce que hay oficios como la pintura o la poesía que pueden apelar a momentos de iluminación, para un novelista la inspiración es una metáfora. Las novelas, según él, requieren tiempo, paciencia y una construcción lenta: “Hay que hacerlas poco a poco”.

Suele escribir entre tres y cuatro horas al día. No se aferra a fórmulas, pero sí tiene un pequeño ritual: toma una taza de café, camina por la casa, se sienta, relee lo que escribió el día anterior y continúa. Valora la lectura como una forma de ensanchar la mirada, por eso busca libros distintos a los que suele frecuentar, alejados de los mundos que conoce. Se esfuerza por escapar de su propia perspectiva.

Santiago recuerda un consejo de Hemingway —que también usaba García Márquez— que ha



seguido con fidelidad: dejar de escribir cuando ya se sabe qué viene. Así, al día siguiente, el hilo de la historia no se ha perdido, y la escritura fluye con exactitud.

Viajar ha sido esencial en la vida y en la obra de Santiago Gamboa. Desde que tuvo la oportunidad de recorrer los lugares que lo fascinaban, por intereses literarios y también periodísticos, entendió que usaría el mundo como materia prima para escribir. Gamboa no provenía de una familia con muchos recursos: sus padres, ambos profesores de la Universidad Nacional, le enseñaron el valor del conocimiento, pero no podían costear largos viajes. Por eso, cuando comenzó a convertir esos recorridos en parte de su oficio, el periodismo fue clave. En esa época recuerda que existían revistas y periódicos dispuestos a financiar travesías. Las editoriales confiaban en su nombre, ya consolidado como escritor, y él supo responder con crónicas que combinaban observación aguda y mirada narrativa. Así nacieron *Octubre en Pekín* y *Ciudades al final de la noche*.

El desarraigo lo habita y lo obsesiona. Sus personajes también son viajeros, inmigrantes, fugitivos de sus propias historias. “El viaje es mi forma de entender el mundo”, admite. En *Perder es cuestión de método*, su novela más conocida, el protagonista, un periodista, desentraña un crimen en Bogotá, pero en realidad está buscando algo más: un sentido, una verdad, un lugar al que pertenecer. Lo mismo ocurre en *Necrópolis*, donde una convención de escritores se convierte en el escenario para reconstruir vidas fragmentadas. En *El síndrome de Ulises*, el destierro es literal y simbólico: un colombiano en París que no encaja, que no encuentra su lugar, que se pierde en la ciudad y en sí mismo.

No lo mueve la nostalgia, sino la curiosidad. Y también los desafíos. Llegó a París para cursar un doctorado en literatura cubana en la Universidad de la Sorbona, pero allá la vida le planteó obstáculos mucho más complejos de lo que imaginaba. Se propuso ganarse la vida como fuera: hizo trabajos de mecánica, lavó platos, sobrevivió como pudo. Plasmó esa etapa de su vida en *El síndrome de Ulises*, una novela de autoficción que retrata con crudeza el universo de la inmigración, no solo latinoame-



ricana, sino global. “En París la pasé muy mal, hasta que entendí, gracias al escritor peruano Julio Ramón Ribeyro, que mi única opción era trabajar en periodismo”, recuerda.

Tras dos años de incertidumbre, empezó a construir una vida más estable. Fue entonces cuando descubrió que el periodismo no era solo un oficio, sino también una pasión gigantesca, una vía genuina para narrar el mundo. “París es el lugar en el que más he sufrido dificultades, hambre, frío, soledad..., pero fue valioso, porque allá me hice escritor”.

Solía pensar en el París de Hemingway y de Cortázar, en los cafés donde se debatía literatura hasta el amanecer, en los bohemios que salían de madrugada a declamar poesía al

Una de sus novelas más reconocidas es *El síndrome de Ulises*.

Su novela
*Perder es
cuestión de
método* fue
adaptada
al cine
por Sergio
Cabrera

viento. La realidad fue distinta, pero más formativa: París, con todo su rigor, lo empujó a convertirse en el escritor que es hoy.

Las personas que han conversado con él lo describen como una persona tranquila, difícil de alterar incluso en medio del caos. Habla con mesura, elige bien sus palabras y rara vez se apresura en una respuesta. Tiene una mirada aguda, propia de alguien que observa más de lo que interviene. Le interesa lo que sucede a su alrededor, especialmente aquello que otros suelen pasar por alto. Su forma de estar en el mundo es discreta, pero firme, y su manera de moverse deja una impresión de equilibrio y claridad.

La primera vez que lo vi fue en el 2017, en un conversatorio en un colegio público de Duitama. Una ciudad donde, al menos una vez al año, se hacían estos encuentros: escritores, estudiantes, sillas plásticas, un escenario improvisado. Era la Semana Bolivariana. El invitado principal era Héctor Abad Faciolince, quien conmemoró el décimo aniversario de la publicación de *El olvido que seremos*. Santiago no era el protagonista, oficiaba como moderador, y lo hacía con una naturalidad que desbordaba su rol.

Todas las miradas estaban sobre Héctor. La mía no. La mía se quedó en Santiago. En su manera de narrar sin querer narrar, en cómo entraba y salía de la conversación como si caminara sobre piedras firmes. No sé si los demás lo notaron. Yo sí. Y bastó eso para anotarlo, en silencio, en mi lista de escritores por leer.

La segunda vez fue en la Feria del Libro del 2023, en Bogotá. Lo vi caminar entre la multitud, pero no me atreví a acercarme. Se veía como un señor serio, alto. Vestía una chaqueta azul, pantalones caqui y un saco gris. Su cabello, un poco desordenado. Saludarlo en ese momento era difícil: la cantidad de personas a su alrededor lo arrastraba como si fuera parte de la corriente humana.

Horas más tarde, mientras entraba al pabellón de Penguin Random House, justo cuando iba decidida a comprar *Colombian Psycho*, lo vi otra vez. Esta vez, él iba saliendo. No había nadie cerca. Era el momento perfecto. Me

acerqué. Él, atento, me miró como si ya hubiera vivido esa escena muchas veces, con una calma casi literaria.

—Justo iba camino a comprar un libro de supermercé —le dije, entre nerviosa y emocionada.

—¿Cuál comprarás? —preguntó, con una leve sonrisa.

—*Colombian Psycho*.

—Que lo disfrutes.

Para entender a Santiago Gamboa no basta con leer sus novelas; hay que detenerse en sus giros, en sus quiebres, en los cambios de tono, de paisaje, de protagonista. Hay que leer entre líneas. Y pocos conocen ese terreno con tanta profundidad como Juan Camilo Rincón, escritor, periodista e investigador cultural, cuya obra ha indagado con profundidad en las raíces de nuestra tradición literaria. Lo entrevisté y hablamos de Gamboa.

“Es uno de los grandes escritores colombianos que están vivos”, afirma Juan Camilo. Pero menciona que no basta con leerlo: hay que entenderlo. Y para entenderlo, primero hay que comprender la literatura latinoamericana. Plantea que Gamboa representa una ruptura con los años cincuenta y sesenta, cuando la literatura estaba anclada al campo, el pueblo, los cafetales y los machetes. Con él, en los años ochenta y los noventa, llega la ciudad. La ciudad como personaje, con semáforos, edificios, taxis, lluvia. La ciudad como herida.

La Bogotá de Gamboa es oscura, caótica, imposible de abarcar. Es una ciudad que no es escenario, sino protagonista. En sus novelas, las calles tienen carácter, los bares tienen memoria, los taxis saben secretos. Juan Camilo lo explica con claridad: “Esa transformación urbana trajo consigo nuevos héroes, nuevos villanos. Ya no se trataba de la violencia rural, sino de una violencia más sorda, más burocrática, más elegante: la corrupción, el abuso de poder, la impunidad”.

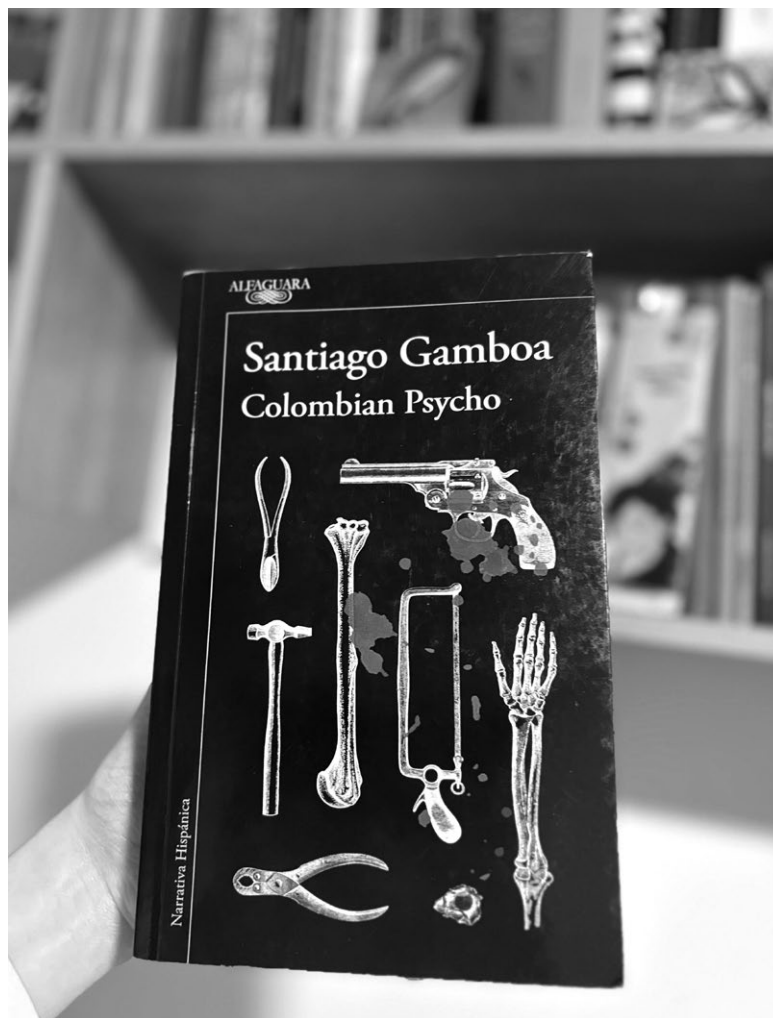
Y ahí aparece otro giro: la novela negra. Santiago se apropia del género, pero no lo hace desde el cliché. No hay detectives con gabardina ni policías alcohólicos. Hay periodistas. Periodistas que solo tienen la verdad como

arma. Y la verdad, en un país como Colombia, es un asunto peligrosísimo. En *Perder es cuestión de método*, por ejemplo, el protagonista no tiene autoridad, ni dinero, ni protección. Tiene una historia que necesita contar. Eso es todo. Y es suficiente.

Santiago escribe desde la ficción, pero con los pies hundidos en la realidad. Usa hechos reales como punto de partida. Y en eso se nota su relación con el periodismo, con esa necesidad de indagar, de preguntar, de mostrar lo que se esconde. Juan Camilo lo relaciona con autores como Mario Mendoza, Jorge Franco y William Ospina. Pero también traza un linaje internacional: Luis Sepúlveda, por la narrativa que viaja; Roberto Bolaño, por la relación íntima entre personaje y ciudad. “Lo siento ahí”, confesó. Como si Bolaño le soplara al oído.

Otro gesto que lo define, es el hecho de que se incluya en sus propias novelas. Aparece como personaje. Se menciona, se cita, se nombra y hasta se suicida. Juan Camilo sostiene que es un recurso narrativo que podría parecer vanidoso, pero en él es algo diferente, es una forma de jugar, de desafiar al lector, de obligarlo a mirar de nuevo. Esa doble figura —autor y protagonista— vuelve más íntima la lectura. Nos hace sentir que leemos a alguien que también se lee a sí mismo. Un escritor que no se oculta tras sus historias, sino que las habita, que se asoma, que saluda.

Sergio Cabrera, director de cine, lo supo también. Lo entendió con claridad cuando adaptó *Perder es cuestión de método*. “Reconocí la identidad que ofrece Santiago”, dijo una vez en una conversación con Juan Camilo. No era solo la historia, era el mundo que Santiago había construido. Ese mundo reconocible, urbano, real, con personajes que se mueven como sombras bajo la lluvia de Bogotá, pero que llevan dentro una furia silenciosa por decir la verdad. Cabrera encontró en su novela una estructura que respiraba cine, diálogos ágiles, atmósferas cargadas, tensiones que no explotan de inmediato, pero lo insinúan todo. La mirada de Santiago —la que Cabrera convirtió en planos— es la de alguien que sabe que la verdad no siempre brilla, pero arde. Que a veces basta con contarla bien para que incomode.



Santiago Gamboa escribe desde un lugar en movimiento. Su patria no está delimitada por fronteras geográficas, sino por los libros que ha leído, las ciudades que ha habitado y las historias que ha decidido contar. En él se condensa una nueva forma de ser escritor colombiano, sin miedo al exilio, al cambio, a lo inabarcable. Sus novelas son radiografías de la ciudad y de sus habitantes errantes, de las heridas invisibles que deja la violencia moderna, esa que se disfraza de burocracia, que se esconde en los pasillos del poder.

Su mirada es la de quien no cree en los héroes, pero los escribe igual: derrotados, cínicos, rotos. Se lo ve tranquilo, a veces demasiado, como si ya no esperara nada. Pero uno sospecha que aún carga con la duda de lo desconocido, con mil historias en la punta del lápiz. **DB**

Colombian Psycho es la última novela de Santiago Gamboa. Fue publicada en 2021.

CARICATURA

Por: Laura Gabriela Carreño Uribe / Laurel
L_carreno@javeriana.edu.co
@laurel_rowan_art

¿Para qué usas el cuerpo?

¡Bailar! He
bailado
desde
mis 11
años.



Tina - 20 años

Manito, yo uso
mi cuerpo para
moverme y hacer
muebles en madera.



Rodrigo - 35 años

Uy... parece, no sé.
creo que uso mi
cuerpo para
impulsarme
en mi bici.



Alejo - 19 años

Me encanta
usar mi cuerpo
para practicar
Karate. ¡Voy a ser
cinturón negro!
¡KYA!



Juliana - 18 años

... Yo no logro
hacer eso.



Pero creo que lo
bonito de todo es que
cada cuerpo funciona
para un montón de cosas.

Consuelo - 55 años

Caricatura por:
Laura Carreño
lgeu2000@gmail.com
l_carreno@javeriana.edu.co
@laurel_rowan_art

By Laurel
2025





ISSN 1692-8121



9 771692 812004